

SUMARIO

Editorial

Testimonios

I Jornada Nacional de Sacerdotes

Villa Cura Brochero, 2-4 agosto 1994

Pbro. Carlos I. Heredia (Córdoba)

Estudios

La espiritualidad sacerdotal en las cartas del Cura Brochero

Pbro. Carlos O. Ponza (Córdoba)

Formación humana

Hacia una psicología de la madurez integral del sacerdote

Dr. Gastón de Mézerville Zeller

Experiencias

El acompañamiento de los sacerdotes jóvenes. Una experiencia

Rev. Franco Brovelli, Rector del Instituto Sacerdotal María Inmaculada, Milán

Teología Espiritual

La Palabra de Dios en la vida del sacerdote

Espiritualidad

Apuntes para un retiro espiritual

Pbro. Manuel Pascual (Buenos Aires)

Recensiones

Noticias

EDITORIAL

Publicamos un nuevo número de Pastores. Desde que empezamos a pensar este proyecto fuimos conscientes del desafío que consiste no sólo en comenzar sino también en permanecer en el camino emprendido. Gracias a Dios, y al aliento y la suscripción de muchos, hemos podido seguir adelante.

Nos llegan noticias y comentarios de distintos lugares; constatamos con alegría que Pastores está prestando el servicio para el que fue pensada. Sabemos que nuestra revista ha sido aprovechada por muchos para su lectura y reflexión personal. En algunas diócesis los sacerdotes han podido reflexionar juntos sobre alguno de los artículos publicados. Tal como decíamos en el editorial del número 2: "...la periodicidad (tres números por año) y el contenido hablan de una revista que se aprovecha durante un tiempo prolongado; que da material para la reflexión personal o comunitaria y sobre la cual se vuelve una y otra vez. Al mismo tiempo con la variedad de artículos se intenta responder a distintas expectativas y necesidades, según sea el momento y las circunstancias de cada destinatario...

En este sentido nos ha parecido oportuno insistir en una de las ideas centrales que nos movió a iniciar este proyecto: la formación permanente de los presbíteros es un proceso personal y comunitario en el que, a través de distintos medios, vamos madurando nuestra vocación sacerdotal en el camino del seguimiento e identificación con Jesucristo, el Buen Pastor. La nuestra es una de las tantas iniciativas que se vienen realizando para recorrer este camino. En otros países existen publicaciones semejantes, con las que estamos poniéndonos en contacto (ver sección "Recensiones"). Se trata, entonces, de perseverar en el camino emprendido de manera responsable y comprometida ya que "la formación permanente, precisamente porque es permanente, debe acompañar a los sacerdotes siempre, esto es, en cualquier período y situación de su vida, así como en los diversos cargos de responsabilidad eclesial que se le confíen..." (PDV 76). Sin perder de vista la responsabilidad que corresponde en este proceso al Obispo, al presbiterio y a todo el Pueblo de Dios, es indudable que el primer responsable sigue siendo el mismo sacerdote (cfr. PDV 78 y 79; Directorio 87 a 92). De allí la necesidad de contar con medios adecuados para responder a este llamado a "reavivar" el don recibido, conforme al dinamismo propio de la gracia sacramental y al derecho que el Pueblo de Dios tiene de contar con pastores santos.

Ofrecemos nuestro medio para dar a conocer otras iniciativas en favor de la formación permanente; creemos que puede ser de gran provecho para los demás el compartir alguna experiencia que haya sido valiosa sea para el clero de una diócesis o para un grupo determinado; como también lo será hacernos llegar recensiones de libros sobre temas de interés para los presbíteros e información de cursos, retiros o actividades que sirvan a este cometido y que podamos promover desde aquí. Como ya lo expresamos anteriormente deseamos hacer de esta publicación un ámbito de comunión, reflexión e intercambio de dones.

En este número hemos querido recoger algo de la rica experiencia de la I Jornada Nacional de Sacerdotes, organizada con motivo del 80° aniversario de la muerte del Cura Brochero, con el auspicio de la Comisión Episcopal de Ministerios. El Pbro. Carlos Heredia, de la Arquidiócesis de Córdoba y uno de los responsables de la organización, nos ofrece una detallada crónica del encuentro. También publicamos la exposición del Pbro. Carlos Ponza, Director Espiritual del Seminario Mayor de Córdoba, sobre los rasgos más significativos de la espiritualidad del Siervo de Dios.

Con las autorizaciones correspondientes hemos transcrito varios artículos tomados de otras publicaciones. Del Boletín de la OSLAM (Organización de Seminarios de América Latina) tomamos un estudio del Dr. Gastón de Mézerville Zeller, de Costa Rica, sobre la madurez humana y sacerdotal; de la Revista Seminarium, de la Congregación para la Educación Católica, hemos traducido un artículo del Pbro. Franco Brovelli, que describe la experiencia del Instituto María Inmaculada, dedicado a la formación permanente del clero de Milán. También publicamos un estudio sobre el sacerdote y la Palabra de Dios, que fue presentado en el Congreso sobre Espiritualidad Sacerdotal, organizado por la Comisión Episcopal del Clero de la Conferencia Episcopal Española, en el mes de septiembre de 1989. Cada uno de estos artículos amplía y enriquece el horizonte de nuestro empeño en favor de la formación permanente.

Por último, publicamos el trabajo de un miembro de nuestro equipo, el Pbro. Manuel Pascual, quien ha predicado retiros a los cleros de varias diócesis. Fruto de esta tarea son las reflexiones que transcribimos.

Comenzamos estas líneas aludiendo al valor de la permanencia. La resonancia joánica de esta expresión nos lleva a descubrir aquí un camino y una invitación que queremos compartir con todos nuestros lectores. El Dios que permanece siempre junto a nosotros nos llama a permanecer fieles en el camino emprendido, para ser así, a pesar de nuestra fragilidad y pecado, sacramento de su fidelidad en medio de nuestro pueblo, que tanto necesita del testimonio de hombres y mujeres que permanezcan fieles, a pesar de todo...

I JORNADA NACIONAL DE SACERDOTES

Villa Cura Brochero, 2 - 4 agosto 1994

Pbro. Carlos I. Heredia - Córdoba

Muchos sacerdotes de varias diócesis argentinas pasan sus vacaciones en Traslasierra. Así el descanso necesario se une a la fraternidad sacerdotal en la búsqueda de renovar el sacerdocio en la cercanía del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero.

Desde varios años antes, estos sacerdotes habían avisado la oportunidad de reunir al clero y a los seminaristas de Argentina alrededor de la figura sacerdotal del Cura Brochero, para extender esa experiencia veraniega a otros hermanos sacerdotes. Así, el Pbro. Mario Poli entre otros, lo propusieron a la Comisión Episcopal de Ministerios, pero por diversas circunstancias ninguno de los eventos llegó a concretarse¹.

Antecedentes había de eventos que nuclearon gran cantidad de sacerdotes en Villa Cura Brochero: al inaugurarse el monumento (1922), en el cincuentenario de la inauguración de la Casa de Ejercicios (1927), en el centenario del nacimiento (1940) y en el cincuentenario del fallecimiento (1964).

No obstante, la inquietud no se apagó. Muy por el contrario, creció, retomando nuevo impulso en el verano de 1993. El Arzobispo de Córdoba, Card. Raúl F. Primatesta, y el Obispo de Cruz del Eje, Mons. Omar Colomé, -ambos coactores de la causa de canonización del Cura Brochero- la hicieron suya y propusieron a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina en abril de dicho año la posibilidad de reunir a los sacerdotes en Villa Cura Brochero, lo que fue unánimemente aceptado.

El 9 de agosto de 1993, la CEMIN informaba a los obispos argentinos que "ha dispuesto organizar, a nivel nacional, una Jornada Nacional Brocheriana" en 1994, coincidente con el 80° aniversario de la muerte del Cura Brochero.

Se formó una Comisión que quedó finalmente conformada bajo la presidencia de Mons. Luis Donato Ricardo, Vicario General de Cruz del Eje, por el Pbro. Ido Ricotti, párroco de Villa Cura Brochero, por el Pbro. Juan Carlos Martínez, párroco de Libertad (Dioc. Morón), y quien escribe como Secretario Ejecutivo. Por su proximidad, Mons. Carlos Ñañez, Obispo auxiliar de Córdoba y miembro de la CEMIN, sería nuestro enlace con la misma.

Al diagramar la Jornada prontamente apareció que debía ser muy «sacerdotal», que necesitábamos reunirnos por el sólo hecho de ser sacerdotes, para orar juntos, compartir experiencias, a la luz de un hermano mayor que se había gastado y desgastado totalmente en la evangelización y promoción de una porción de la Iglesia en Argentina: el Cura Brochero.

Al mismo tiempo, percibimos que si bien esta reunión sacerdotal se haría con ocasión de un aniversario brocheriano, no debía ser la última, sino la primera, de allí que no convenía adjetivarla «brocheriana». Así quedó plasmado el título que era en sí todo un objetivo: «Jornada Nacional de sacerdotes».

Se elaboró un primer cronograma, que luego de varios retoques, fue finalmente aprobado por la CEMIN el 7 de marzo de 1994. El programa, con una carta firmada conjuntamente por Mons. Carmelo Giaquinta, Arzobispo de Resistencia y Presidente de la CEMIN, y Mons. Donato, fue remitido a cada una de las parroquias de toda la República Argentina, conjuntamente con una publicación sobre el Cura Brochero preparada por uno de los Vicepostuladores de la causa².

En la carta, fechada el 26 de enero de 1994, al cumplirse los ochenta años de la muerte del Cura Brochero, se enunciaban los objetivos:

"Ya que debes ejercer tu ministerio en momentos tan especiales, este encuentro sacerdotal quiere ser de reflexión y oración. ¿Cómo debe ser hoy nuestro estilo de vida? Debemos adaptarnos a las circunstancias, para sostener la fe de nuestro pueblo en el tiempo que nos toca vivir. Brochero puede ser un modelo para nuestro sacerdocio de hoy. Queremos compartir esta experiencia con todos los sacerdotes de la Argentina".

No nos proponíamos estudiar un documento ni preparar uno nuevo. Sólo quisimos reunirnos para orar y reflexionar junto a uno de los grandes sacerdotes argentinos, lo que muchos participantes nos agradecerían después.

La invitación también se envió a todos los Obispos y a la Conferencia Argentina de religiosos para su difusión en los institutos de vida consagrada. Si bien asistieron muchos religiosos, considero que hubiese sido más conveniente enviar la invitación también a todos los superiores generales, provinciales o regionales de Argentina.

Como en tiempos de Brochero, la hotelería no está muy desarrollada. Pensamos que podíamos contar con algún hotel en Mina Clavero, pero las distancias limitarían uno de los objetivos: la fraternidad sacerdotal.

Mientras pensábamos que con cien participantes podíamos estar satisfechos, prontamente las inscripciones treparon a doscientos y muchos nos decían que venían -incluso en grupos- sin estar previamente inscriptos. El susto fue grande, pero el Señor abrió el corazón de los serranos que alojaron a todos los sacerdotes y diáconos en la Villa del Cura Brochero. A cada inscripto, Mons. Donato respondía por escrito diciéndole: "Recibí tu inscripción con alegría que se acrecentará en el encuentro... Te recomiendo no dejes de traer algún abrigo, y un espíritu gozoso para compartir esta experiencia". Frío hizo, pero no tanto, lo que llevó a un serrano a decir: "es que el Señor Brochero nos prestó su poncho".

¿Y dónde le daríamos de comer a tantos curas? Un grupo de feligreses coordinados por Blanca Bibiloni, todos brocherianos de corazón, tenían todo previsto, tanto para la recepción y distribución de los alojamientos, como para los lugares de comidas. Las autoridades municipales y zonales también dieron su apoyo.

El P. Ricotti llenó de pasacalles la Villa, con frases alusivas al Cura Brochero y al sacerdocio.

Y empezaron a llegar los sacerdotes... se podría decir que «copamos» Villa Cura Brochero, y por tres días todo habló de esto. Los medios de comunicación de Córdoba, sin siquiera pedirles, comenzaron a hacer largas notas, y luego los de otras zonas, y también de Capital Federal. ¿Cuál era la noticia? Una muy simple: había varios cientos de sacerdotes reunidos junto al Cura Brochero.

Las Hermanas Esclavas Argentinas dispusieron todas las instalaciones para el evento, y transformaron el refectorio en cafetería, que fue un espléndido ámbito de diálogo y esparcimiento.

Llegaron poco más de cuatrocientos sacerdotes y diáconos de 43 iglesias particulares de la República Argentina, con la presencia de 16 obispos, que vinieron desde la Puna a Neuquén, y desde los Andes hasta el mar.

Un testimonio elocuente: el sacerdote que vino desde la Quiaca viajó varios días, y pasó varias horas en la Estación terminal de Córdoba hasta encaminarse a Traslasierra tomando su tercer colectivo... ¡y todo para encontrarse con sacerdotes de otras diócesis!

Casi al mediodía del día inicial, peregrinamos desde la entrada de la Villa hasta la iglesia parroquial donde presidió la Eucaristía Mons. Colomé, el Obispo del lugar, quien aplicó a

nuestro encuentro el pasaje del salmista que dice: "¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!" (Sal 133, 1).

Luego del almuerzo, bajo el título «Vida y ministerio de un sacerdote modelo», presenté la vida del Cura Brochero. Nació en el llano, en Santa Rosa de Río Primero el 16 de marzo de 1840, y murió leproso y ciego en las sierras 74 años después.

Luego se hicieron visitas guiadas al «Museo Brocheriano» de la Casa de ejercicios y al Colegio de niñas, regentados por las Esclavas Argentinas por donación del Cura Brochero. También se visitó la «Casa del Cura», donde vivió y murió el Siervo de Dios.

Pero lo más importante del día, -cuando el sol ya se había ocultado- fue el traslado de los restos del Siervo de Dios a la iglesia parroquial.

Desde su fallecimiento, el Cura Brochero descansó en la Capilla de la Casa de Ejercicios, cuidado con afecto de hijas por las Esclavas Argentinas. De allí fue exhumado y colocado en una urna lateral en 1975.

Para dar comodidad a la cada vez mayor cantidad de peregrinos, todas las partes involucradas acordaron trasladar los restos a una pared medianera entre la iglesia parroquial y la Casa de Ejercicios.

Una inmensa muchedumbre de fieles venidos desde lejos e incluso desde otras provincias acompañó en silencioso respeto y unida oración el traslado de los restos. Entre ellos también estábamos los sacerdotes, las autoridades, las escuelas de la zona. Las palabras del Pbro. Ricotti muestran bien el «climax» que vivimos entonces:

"Los restos del Cura Brochero están custodiados en una urna de algarrobo. Madera típica de esta zona. Es el árbol que más expresa las características del Cura gaucho. Árbol sufrido, retorcido por la sequía y los vientos, de corteza áspera y de buena madera en el corazón, que da sombra al rancho y cobija al caminante, que al decir del poeta es catedral de los pájaros. Madera oscura de color y firme en su estructura. Como el Cura Brochero, hombre de su tierra y comprometido con su pueblo, que sabe del dolor de la gente y de la ternura en el hogar del pobre, de la bondad del pan casero y del afecto del mate amargo dado al amigo. La urna será llevada por ejercitantes, hombres del lugar, con la firmeza de sus hombros y con el cariño y devoción del hombre de campo. Daremos una vuelta a la plaza, como los viejos ejercitantes que a la llegada al pueblo, después de una larga cabalgata, al tañido de las campanas y aplausos de la gente, daban vuelta a la plaza donde hoy esta el recuerdo del Cura en su estatua de bronce. No es una procesión, no es una manifestación: es un homenaje cariñoso y piadoso a los restos del Siervo de Dios".

Viendo esto, a más de uno se nos cruzó un pensamiento en forma de anhelo: Dios mediante, si la Santa Sede así lo dispusiese, ¡cómo será el día de la beatificación!

Luego de la oración inicial del segundo día, el Pbro. Carlos O. Ponza, Director Espiritual del Seminario Mayor de Córdoba, presentó «La espiritualidad sacerdotal en los escritos del Cura Brochero».

Siguió un diálogo en grupos, y luego del almuerzo, en una larga caravana de autos y ómnibus, visitamos algunos lugares brocherianos cercanos, entre ellos la población de Panaholma, delineada por el Cura Brochero, quien también construyó la iglesia.

Al regresar realizamos un momento de oración comunitaria ante el Santísimo Sacramento. Las meditaciones fueron hechas por el R.P. José Antonio Sojo S.J., Vicepostulador de la causa de canonización del Cura Brochero. Al caer la tarde, la Misa fue presidida por el Card. Primatesta.

A la noche nos visitó una abuela de la zona: «Doña Jovita». Un popular personaje que interpreta José Luis Serrano, quien nos alegró y emocionó con sus anécdotas serranas.

Claro, hubo que explicar qué era la «peperina» a un sacerdote hindú y a otros hermanos alemanes recién llegados al país.

El último día, coincidió con el día del párroco por ser la memoria del Santo Cura de Ars. El R.P. Mario LLanos sdb, superior de la Casa salesiana de formación de Córdoba, presentó los rasgos de «Brochero pastor» en base a los escritos del Siervo de Dios proporcionados por la causa de canonización.

Al mediodía, la Misa conclusiva fue presidida por Mons. Giaquinta, quien en su homilía - recordando los dos grandes desafíos de la evangelización de Argentina: el secularismo y la creciente injusticia- nos dijo:

"Es preciso que a las ideas claras correspondan las actitudes correspondientes, que podemos enunciarlas así: ser hombres de oración, ser hombres de gran bondad, ser hombres conscientes de los propios límites, ser profundamente hermanos de los demás sacerdotes.

Pero tampoco bastan las actitudes. Las actitudes que no se cultiven, que no se expresen a través de medios, de instrumentos adecuados, comienzan a marchitarse hasta que desaparecen... Y me animo a enunciar algunos medios adecuados que expresen y alimenten estas actitudes interiores, que lleven a nuestros fieles a entender más fácilmente nuestras grandes convicciones evangélicas.

Primero, saber determinar en nuestra vida de cada día, un tiempo y un espacio adecuado para la oración personal, como lo hacía Jesús y como lo practicaron todos los apóstoles después de El.

Muy pegadito a esto de la oración, otro medio: saber determinar maneras concretas, momentos, lugares para meditar y estudiar la Palabra de Dios...

Y diagramar nuestro tiempo para hacer posible el contacto con las comunidades cristianas de nuestras inmensas parroquias, inmensas geográficamente, inmensas por la población, sea en el campo, sea en la ciudad... Y también facilitar el contacto a los fieles que desean hablar con el pastor. Parece imposible... Humanamente es imposible. Pero lo vemos en Jesús, y en los Apóstoles, y en el Cura Brochero, que no es imposible... Diagramar el tiempo para formar nuestros agentes pastorales: para formarlos como cristianos y para formarlos como apóstoles. No sólo como apóstoles: para formarlos como cristianos llamados a ser apóstoles.

Estas son algunas pequeñas sugerencias, muy sencillas, pero que me parecen muy acordes con la vida de un cura que tuvo la mente en el cielo, pero los pies bien sobre la tierra".

El clima era frío, pero el encuentro fue muy cálido, y una serena alegría reinó en todos los participantes. Muchos dijeron que era un milagro de Brochero: tantos sacerdotes, rezando juntos, y todos contentos.

La Jornada se hizo bajo un lema tomado de una carta del Cura Brochero:

"Por tantas cosas de las manifestaciones de que me han hecho objeto, he podido pispar que viviré siempre siempre en el corazón de la zona occidental, puesto que la vida de los muertos está en el recuerdo de los vivos"³.

¡Ciertamente, Cura Brochero, tu fallecimiento no fue muerte, fue nacimiento para el cielo, y hoy los argentinos que te recuerdan, piden a Dios seas proclamado santo por la Iglesia!

NOTAS:

¹ Luego del Congreso Eucarístico nacional de Santiago del Estero, a iniciativa de los seminaristas, la CEMIN ha encomendado la preparación de un Encuentro nacional en Villa Cura Brochero para 1996

² Se trata de: ENARDI L. Brochero. Santos Ejercicios. Catequesis serrana. Caridad heroica. s.d. (Córdoba 1988) 32 pags.

³ Carta a Miguel Juárez Celman, 8.11.1905

LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL EN LAS CARTAS DEL CURA BROCHERO

Pbro. Carlos O. Ponza* - Córdoba

El presente trabajo quiere ser un aporte destinado especialmente a los sacerdotes, ya que la consideración de la vida y los escritos del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero, nos invitan a descubrir en este sacerdote, lo que podríamos denominar la "mística" del presbítero diocesano.

Ahora bien, es conveniente precisar a qué nos referimos al hablar de "mística"¹: desde el punto de vista filológico, la palabra "mystikós" deriva de "mystès": el que ha sido iniciado en los misterios. Nosotros nos referiremos al concepto bíblico de "misterio" a fin de entender qué es la "mística cristiana".

Para San Pablo, como para los Sinópticos y San Juan, el "Misterio" es la actualización del designio de Salvación, mediante el cual Dios se acerca al hombre para comunicarle la participación en su misma Vida divina. Por tanto, "Misterio", significa la comunicación de la Vida trinitaria al hombre rescatado por Dios.

Ahora bien, como este Misterio se realiza en Cristo y por medio de Cristo, podemos decir que la vida cristiana es –de suyo– vida mística ya que es el cumplimiento del Misterio de Cristo en sus miembros².

Tal comunión de vida con Dios en Cristo, implica también una transformación del hombre en Dios. Al afirmar esta transformación, que es atribuida especialmente a la obra del Espíritu Santo, San Pablo usa una palabra que literalmente significa "metamorfosis" (2Co 3,18). Esta es una expresión muy fuerte que nos indica la profundidad de la transformación realizada por Dios. No en vano, los Padres griegos hablaban de la "divinización" del hombre. Podemos señalar, entonces, estos tres elementos que nos ayudarán a captar mejor qué cosa entendemos por "mística": unión con Dios, transformación en Él y comunión de vida con Él.

La Tradición de la Iglesia, dio a esta noción la característica de conocimiento misterioso de Dios como ápice de la experiencia religiosa³. Vale decir, cuando hablamos de "vida mística", estamos refiriéndonos a la vida cristiana que ha llegado a su madurez: una vida de comunión con Dios, fruto de la unión con Él y de la transformación de la vida en Él. De esta forma, señalando estos elementos, indicamos lo esencial de la vida cristiana, en cuanto vida mística.

Esta afirmación es la que hallamos en el Catecismo de la Iglesia cuando –hablando de la santidad cristiana y del llamado universal de Dios a ella– nos dice:

" [...] Esta unión [íntima con Cristo] se llama 'mística' porque participa del Misterio de Cristo mediante los sacramentos –los 'santos misterios'– y, en Él, del Misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos"⁴.

También es importante distinguir entre vida mística y oración mística. La vida mística cristiana –que es esencialmente la unión con Dios por la fe, la esperanza y la caridad– puede conocer o no, una experiencia de algún modo directa y pasiva de Dios y que denominamos "oración mística"; pero siempre es necesario recordar que la vida mística cristiana, en sus elementos esenciales no conlleva necesariamente la experiencia de la oración mística, ni –mucho menos– se identifica con ciertos fenómenos que podríamos denominar "paramísticos" (éxtasis, visiones, levitaciones, estigmas, etc.), que pueden

relacionarse con la experiencia mística auténtica, pero que a pesar de ello son sustancialmente exteriores a ella⁵.

Lamentablemente, a menudo se sigue hablando de la "mística" para referirse exclusivamente a dichos fenómenos extraordinarios, lo cual significa una reducción en la comprensión de la vida espiritual cristiana.

En síntesis, podemos decir que la vida mística cristiana consiste en el desarrollo pleno de la gracia bautismal, por el ejercicio de las virtudes teologales y morales, vividas en la oración y en las tareas de la vida cotidiana según el propio estado de vida.

Nos parecía importante hacer estas aclaraciones al abordar el estudio de las cartas del Padre Brochero. En ellas hallaremos muchos elementos acerca de cómo vivió su unión con Dios; descubriremos su "mística" tan cargada del ejercicio continuo de la fe, esperanza y caridad, en medio de sus tareas de Pastor. Sin embargo, no encontraremos en sus relatos nada de "extraordinario" en cuanto que este término podría indicar ciertos fenómenos que a veces se vinculan a la "oración mística"; y —no obstante esto— podemos hablar con toda propiedad de una profunda "vida mística" en José Gabriel Brochero.

La mística del Cura Brochero es un claro ejemplo de lo que se denomina la mística apostólica, vale decir, aquella unión con Dios centrada en la acción evangelizadora, nucleada en la clara y permanente conciencia de ser instrumento de la acción redentora de Jesús.

En los escritos del Siervo de Dios Brochero, no encontramos una teología de su vida interior, y por tanto, tampoco hallamos una "exposición doctrinal" acerca del sacerdocio; sin embargo, descubrimos a cada paso y con mucha fuerza su vivencia sacerdotal, esto es la experiencia espiritual de su ser sacerdotal.

En toda experiencia espiritual cristiana podemos distinguir⁶: por una parte, un contenido objetivo, formado por una serie de elementos que nos vienen entregados por la mediación eclesial y que constituyen el núcleo a partir del cual decimos que una experiencia espiritual es auténticamente cristiana. En el caso de Brochero, objetivamente hablando, se trata de la experiencia espiritual de un presbítero diocesano, con todo el cúmulo de realidades que la configuran: el lugar primordial de la Eucaristía, la vinculación a su Diócesis, la unión con su Obispo y su presbiterio, la caridad pastoral desplegada en el ministerio de la Palabra, en la santificación por la celebración de los Sacramentos y en el pastoreo de su comunidad.

El sujeto de la vida espiritual no es "la naturaleza humana" considerada en abstracto, sino el hombre concreto, la persona definida por las condiciones fisiológicas, psíquicas, sociológicas, históricas. Por esto, el estudio serio de una determinada experiencia espiritual hace que asumamos con toda seriedad lo que se podría denominar las "estructuras naturales propias" de la persona: su psicología, carácter, afectividad, su historia personal y familiar, el contexto histórico–eclesial, su lenguaje. En Brochero, debemos conocer bien el tiempo nacional y eclesial que le tocó vivir, su cultura, su familia, su formación sacerdotal, a fin de poder descubrir las características personales de su experiencia espiritual.

Teniendo en cuenta los presupuestos señalados, tratemos de señalar algunas características del "corazón sacerdotal" de José Gabriel Brochero.

Algo que impacta fuertemente en sus escritos es la clara conciencia de su misión de párroco; todo su ser está orientado hacia un "proyecto espiritual unificador": ser apóstol y por ello él se considera siempre instrumento de Cristo

"como el mortero y la mano sirven para hacer la mazamorra"⁷

Evidentemente sabe que todo instrumento es eficaz si está unido a aquel que es capaz de utilizarlo para obrar, por lo tanto, tiene conciencia clara de que será un instrumento eficaz si vive unido a Dios.

Brochero no descuidó nunca el ejercicio de la caridad no sólo para con sus fieles, sino también para con sus hermanos sacerdotes. En la carta en la que solicita uno o dos sacerdotes como ayudantes para su Curato, veamos cuáles son los compromisos que asume frente a su Obispo, Fray Juan Capistrano Tissera.

Este texto es interesante para conocer los rasgos brocherianos de lo que hoy denominamos "la fraternidad sacerdotal":

"[...] El Cura procurará que sus cosas sean también de los ayudantes, esto es, verá de no reservarles nada de lo de él [...] Los ayudantes le avisarán al Cura Brochero lo que les parezca mal en el trato con ellos o con los feligreses o con las personas particulares, para enmendarse de dicho mal o darles la razón de su proceder [...] [los ayudantes] han de hacer cada mes un día de retiro junto con el Cura y se han de confesar cada 8 días a no ser que la distancia u otra circunstancia impida esa frecuencia, pero se hará a la mayor brevedad, de suerte que no pase de quince a veinte días. El Cura les dará ejemplo en esa línea confesándose ya con el uno ya con el otro [...] Cuanto sean más pecadores o más rudos o más incivilizados mis feligreses, los han de tratar con más dulzura y amabilidad en el confesonario, en el púlpito y aún en el trato familiar. Y si encuentran algo digno de reto, que lo avisen al Cura para que él reprenda a fin de que los feligreses no se resientan con los ayudantes sino con el Cura, porque ya sabe él cómo los ha de retar [...] que harán los entierros y funciones [...] por algo menos que el arancel, porque así se gana más plata y [se gana] más fama de desinteresado [...] que ayudarán al Cura a confesar sanos a derecha e izquierda; y pueden predicar cada vez que quieran y puedan, porque oyentes tendrán siempre"⁸.

Brochero tiene clara conciencia de que su unión con Cristo pasa no solamente por la vida de oración sino que ésta debe estar íntimamente unida con la acción apostólica. Sabe que la vocación sacerdotal implica que Dios lo quiere "contemplativo en la acción" y que, precisamente, en la acción apostólica es donde él desarrollará su camino de unión con Cristo y de transformación espiritual.

Pero la tarea evangelizadora es imposible realizarla individualmente sin la cooperación de los demás; por esto, no solamente buscó colaboradores sino que supo generar en los demás el deseo de trabajar por Dios y el bien del prójimo.

Aquí notamos otro rasgo típico suyo: a Brochero la cualidad que le importaba que tuvieran sus colaboradores, era la decisión seria de trabajar por el bien de los demás: "[...] según un adagio de un tío abuelo mío, más da y puede dar un hombre duro o un hombre derruido, esto es, un hombre ignorante e incompetente y sin influjo pero decidido, decidido por la obra, que un hombre sabio, influyente y con poca o ninguna decisión [...] yo espero en Dios y en la Virgen de la Purísima que con estos tres [colaboradores] ignorantes y sin influjo, se hace la iglesia tal cual yo la había proyectado, para que se vea, para que se vea que no es obra mía, ni de los tres que forman la comisión, sino que es obra de Dios pedida por la Santísima Virgen [...]"⁹

El Cura Brochero fue un hombre interiormente muy libre a la hora de buscar la cooperación de todo aquel que quisiera darle una mano en sus proyectos sacerdotales¹⁰, lo cual le acarrió más de una murmuración, tanto de sus hermanos sacerdotes como de otras personas. Algunas de estas críticas llegaron a oídos del Obispo. Escuchemos lo que dice a su amigo el Pbro. Eduardo Ferreira, Secretario del Obispado:

"[...] a los muchos sacerdotes y no sacerdotes que innumerables veces me han increpado porque me juntaba y daba confianza a los Señores A o B que eran tan escandalosos y pecadores, contestábales: porque a pesar de sus pecados y escándalos me ayudan a mis benéficas empresas"¹¹

Su proceder responde al Evangelio:

"[...] se valió Dios de los hombres más rudos e ignorantes, y aún de ladrones como era San Mateo, para que se viera que en esa vuelta de costumbres del género humano había andado el Dedo de Dios [...]"¹²

Siguiendo el ejemplo del Señor Jesús, "el Buen Pastor que conoce a sus ovejas", incansablemente recorrió su Parroquia: así pudo descubrir las verdaderas necesidades — tanto espirituales como materiales— de su Curato:

"[...] aunque no soy nadie, ni sepa nada, ni sea capaz de expresarme en forma elegante, conozco palmo a palmo y mejor que cualquier literato todas las sierras de Córdoba y he pasado en ellas los mejores años de mi vida, levantando templos y escuelas y luchando con las dificultades [...] y creo que mi palabra debe ser creída, pues que ella será siempre la verdad"¹³.

Uno de los rasgos personales más notables de la espiritualidad brocheriana es la fortaleza para hacer frente a todo aquello que se interponga en su camino obstaculizando lo que —en su conciencia de sacerdote— descubre como querido por Dios en favor de sus fieles. Podemos decir que a Brochero le basta saber que sus feligreses necesitan tal o cual cosa para vivir más plenamente su condición de cristianos para que él no se vuelva atrás y busque —de todas las maneras posibles— lograrlo:

"[...] yo bien comprendo que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta el último [momento] de la vida, batallando con los enemigos del alma, como los leones que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa"¹⁴.

Por esta razón, está dispuesto a golpear todas las puertas y a buscar a todos aquellos que puedan darle una mano, a fin de conseguir los medios temporales necesarios, para que sus feligreses alcancen una vida más digna y cristiana. Tomemos por ejemplo una carta dirigida a un Diputado Nacional:

"[...] es tan grande y tan sentida [la necesidad] de este ramal para los Departamentos de la Sierra, que lo piden y viven privados en absoluto hasta el presente de todos los beneficios del progreso y de la civilización alcanzados para nuestra República, que todos sus habitantes con su pobre Cura a la cabeza le enviamos a Usted con nuestras bendiciones, la expresión de nuestra gratitud eterna, si tomase Usted sobre sí la patriótica y humanitaria tarea de hacer sancionar este ramal, única salvación posible de aquella región [...] Yo, Señor Seguí, soy tan agradecido como persistente, por no decirle molesto y cuando le tomo afición a un hombre de valer como Usted —y creo que con su ayuda puedo realizar el bien de mis semejantes— es inútil que me ponga mala cara o quiera sacarme el bulto, pues ni a empujones me sacará de su lado, como no saldría jamás de mi corazón la gratitud que le deberé, si como lo espero, me ayuda a la realización de esta grande obra, reclamando apasionadamente por 65 mil argentinos que cifran en ella todo su porvenir [...]"¹⁵

Es interesante notar cómo cuando Brochero expresa su constancia en la búsqueda de aquello que debe hacer como sacerdote para el bien de sus fieles, utiliza imágenes militares. Por ejemplo, cuando se refiere a los diversos trámites que ante el Gobierno Nacional debe realizar para traer su ansiado ferrocarril, su terminología claramente se "militariza" y habla de "plan de ataque"¹⁶, "estrategia", de seguir adelante aunque lluevan "lanzas de punta"¹⁷, o

se compara al almirante japonés Togo (vencedor en la guerra de Japón contra Rusia) o cuando se presenta como soldado "siempre listo para la lid"¹⁸.

"[...] En cuanto al trabajo sacerdotal desde que pensé que me debía ordenar, creí que la corona que se me abriría luego me imponía el deber que creyó el valeroso Negro Barcala le imponía su valor y deber militar: de esperar a Quiroga sentado sobre el cañón, pero que después que él y los pocos soldados que tenía habían quemado el último cartucho, para que sobre él [el cañón] lo degollasen; esto es, yo me felicitaría si Dios me saca de este planeta o sentado confesando y predicando el Evangelio [...] Yo le he dicho al Señor Obispo y le he repetido hasta el fastidio quizás, que [...] lo acompañaré hasta la muerte, pero como simple soldado que desea morir en las peleas de Jesucristo"¹⁹.

En su terminología "militar", puede haber influencia de la experiencia familiar de los Brochero, ya que varios miembros de esta familia fueron militares comprometidos en el servicio y defensa de la Patria. Sin embargo, pensamos que en él el uso de las imágenes militares está vinculado —sobre todo— a su compenetración con la espiritualidad de San Ignacio de Loyola y su ideal de poner todo bajo la Bandera de Cristo —el Gran Capitán— y de luchar virilmente por la expansión de su Reino.

El Siervo de Dios sabe bien que las luchas y contratiempos que todo apóstol encuentra en su misión, van más allá de la consideración de ciertos factores humanos, porque el Enemigo, es quien traba y obstaculiza el camino del Señor. Sin embargo, no teme, ya que haciéndole frente en el Nombre de Dios, será pronto vencido. Frente a ciertas dificultades en la construcción de la Capilla de Ambul, Brochero expresa lo siguiente:

"[...] me han oído decir en la iglesia con repetición que la parte de la nueva iglesia se hace, aunque salga Luzbel con todos los diablos a oponerse [...]"²⁰

Otro ejemplo más claro lo hallamos cuando plantea la importancia de la permanencia de los Padres Claretianos en el Tránsito. Él había proyectado —y logrado— establecer una comunidad religiosa a Villa del Tránsito cuya misión sería hacerse cargo, de manera estable, de la predicación de los Ejercicios, asistir espiritualmente a la Comunidad de las Esclavas y, en un futuro, dirigir una escuela de varones. Diversos malos entendidos, recelos e incomprensiones humanas desembocarán finalmente en la decisión de levantar la Comunidad de los Misioneros Claretianos de la Villa del Tránsito. En medio de estos debates, Brochero ve en toda esta situación —más allá de las miserias humana— la estrategia del Demonio que busca dividir, oponer y así hacer fracasar esta misión de la Iglesia que tanto bien estaba haciendo a los cristianos.

Escuchemos las palabras que dirige al Padre Superior General de los Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María:

"[...] la Casa de Alta Córdoba da muy mucha gloria accidental a Dios Nuestro Señor [...] pero esa gloria accidental no llega ni con mucho a igualar la gloria que da la casa del Tránsito [...] no bien los asenté yo y los coloqué en la casa que Usted conoce y que les prestaron las Hermanas religiosas, empezó a bufar Satanás como macho o mula que está viendo al león, esto es, pretendiendo echarlos al instante [...] Satanás ha hecho con la Congregación del Tránsito lo mismísimo que hizo cuando Jesucristo por primera vez dijo a los miles que le seguían: 'mi carne es verdadero manjar y mi sangre verdadera bebida' y en el momento dijeron esos miles, en mi modo de expresarme: '¡disparates! ¡desatinos!... tienen razón los escribas y fariseos en decir que es un embaucador y mentiroso...'; y le dejaron solo, de manera que Jesucristo volviéndose a sus Apóstoles les dijo: '¿y vosotros no os vais también?' Entonces Pedro en nombre de todos dijo: '¿adónde iremos, si Vos Señor, tenéis palabras de Vida eterna?'. Usted, Revmo. Padre sabe mejor que yo por qué puso

Satanás tan mala voluntad cuando se habló por primera vez del Santísimo Sacramento: porque la comunión de un solo cristiano le quema más que el infierno y querría que nadie comulgase para no recibir tanto tormento; y por eso ha levantado tanto errores, tantas herejías y dificultades para creer en tan augusto Sacramento. Lo mismo y mismísimo ha hecho Satanás con su comunidad del Tránsito, que le quema más su estadía en el Oeste que no lo que le queman las obras o comuniones que hacen o hacen hacer sus misioneros que viven en la capital de la provincia y por eso bufa tan fuerte Satanás y pretende intrigarle al cura para con los padres a fin de que Usted los levante del Tránsito [...]"²¹

Todo esto pone una vez más de manifiesto con cuánta fuerza y decisión encara su misión como ministro de la Iglesia: está llamado a evangelizar, a hacer presente el Reino en medio del mundo, a dar gloria a Dios haciendo que la Luz de Cristo ilumine a los hombres que el Señor le ha confiado.

Es interesante notar que —tanto en la carta dirigida al Padre General de los Misioneros Claretianos como a la Madre General de las Esclavas— Brochero pone por encima de toda consideración el tema de la gloria de Dios²². Ahora bien, la "gloria de Dios es el hombre viviente" y todo hombre vive plenamente, si posee el Espíritu Vivificador de Dios.

Precisamente, y con el fin de brindar a sus parroquianos, un medio particularmente eficaz en el camino de la conversión, nace en él el proyecto de que sus fieles hagan los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola: días de meditación y silencio contemplando al Señor Jesús, en los cuales la gracia de Dios se derrama dando nueva vida.

Conocemos bien cómo primero llevó a sus fieles a la Casa de Ejercicios en la Ciudad de Córdoba y cómo más tarde concebirá la idea de hacer en Villa del Tránsito, una Casa de Ejercicios.

Es importante que recordemos que en Córdoba los Ejercicios Espirituales formaban parte de la vida espiritual de los cordobeses, gracias a la tarea evangelizadora de la Compañía de Jesús que llegó a la Diócesis del Tucumán en 1599.

Poseemos datos acerca de lo que significaron la práctica de los Ejercicios en la historia de la evangelización de Córdoba. Un relato escrito en 1770 por el Padre Lorenzo Casado, uno de los jesuitas expulsados de América por Carlos III, y que vivió en Córdoba desde 1762 a 1767, testimonia lo siguiente:

"[...] Llegada la Pascua de Resurrección sale el Padre Prefecto de la Congregación de españoles por las casas de los principales, les convida para los santos Ejercicios: Teniente Gobernador, Cabildantes, Canónigos, Eclesiásticos, mercaderes y españoles [...] vanse formando las listas [...] entran no sólo los de la ciudad, sino muchos de la campaña que vienen galopando veinte y treinta y cuarenta leguas, para que les apunte el Padre Prefecto [...] siguen después las dos semanas de naturales, esclavos y libres, mulatos, mestizos y negros [...] Lo que más me enternecía y que apenas puedo referir sin lágrimas al acordarme de ello, es lo que me sucedía todos los años. Venían los padres y las madres con sus hijas, otras veces las mujeres casadas o viudas y me decían: 'Padre, treinta, cuarenta leguas he venido por estar en Ejercicios, ¡por Dios no me deje fuera, que he dejado mis hijitos al cuidado de una vecina por lograr estos santos Ejercicios, que quizá serán para mí los últimos! Padre, me he dejado mi chacrita, mis animalitos, sólo por venir a esto'"²³.

Así, notamos cómo los Ejercicios venían influyendo benéficamente en nuestro Pueblo y cómo fueron una potente fuerza evangelizadora.

Creo que es un deber reconocer y rendir un sincero homenaje a una mujer que —un siglo antes que Brochero— con mirada profética, no sólo valoró los Ejercicios Espirituales como fuente de encuentro vital con Cristo, sino que logró que la práctica y la benéfica influencia

de los Ejercicios ignacianos continuaran en nuestras tierras, aún cuando los jesuitas ya no estuvieran (a causa de su expulsión). Nos referimos a la santiagueña María Antonia de la Paz y Figueroa (1730-1799)²⁴.

Esta mujer criolla —desde la profunda intuición que brota de la fe— ayudó a crear en nuestras tierras la conciencia de que los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son patrimonio de toda la Iglesia y no una modalidad peculiar de los jesuitas. Más allá de que la Compañía hubiera sido expulsada de nuestras tierras, comprendió que era necesario proseguir esta misión con dominicos, franciscanos, clérigos diocesanos y con mujeres laicas, como era ella. María Antonia, "la Beata de los Ejercicios" irá casa por casa, rancho por rancho, invitando a todos a "estar unos días juntos y a oír contar las cosas de Dios". Comenzando en Santiago del Estero, María Antonia organizó Ejercicios más tarde, en Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y Córdoba. Precisamente en Córdoba, nació una gran amistad entre Ambrosio Funes (hermano del Deán Funes) y María Antonia, los cuales mantuvieron correspondencia con los jesuitas expulsados. Con los informes de Ambrosio Funes y las cartas de María Antonia, los jesuitas redactaron la primera biografía, en vida de ella, y que hicieron circular por Europa, con el título de "El estandarte de la mujer fuerte". Sus cartas, fueron traducidas al latín, inglés, francés, alemán y se difundieron hasta en Rusia, en donde sobrevivían legalmente los jesuitas. En una carta, "Mamá Antula" (como fue llamada cariñosamente por la gente) decía:

"En esta ciudad de Córdoba se han dado (los Ejercicios) durante catorce semanas, y en cada semana ha habido más de doscientas personas y alguna vez trescientas, sin que, gracias a Dios, haya habido jamás confusión, ni se hayan sufrido molestias por las habitaciones o los víveres, a pesar de que todos los gastos se hayan cubierto con limosnas. La Providencia nos ha provisto de tal suerte, que al mismo tiempo se ha podido ayudar a los pobres y a los presos".

Estos datos numéricos nos permiten afirmar que la mayoría de los cordobeses de aquel tiempo hicieron con ella Ejercicios. Algo similar se podrá decir después de Buenos Aires en donde fundó la Casa de Ejercicios, que continúa aún hasta hoy.

María Antonia escribe: "[...] casi no hay clérigo que no haya hecho los Ejercicios" y es tan grande el cambio que el Obispo impone la obligación de hacer un retiro en la Santa Casa a los que se van a ordenar. Esta breve alusión a María Antonia de la Paz y Figueroa, sirva de aliciente para recordarnos la talla de cristianos que trabajaron en el campo de nuestra Patria sembrando el Evangelio. Ojalá podamos un día venerar a esta gran mujer como Santa.

En la Córdoba del tiempo de Brochero habían surgido iniciativas a fin de reavivar la práctica de los Ejercicios Espirituales: pensemos en la Madre Catalina Rodríguez, fundadora de las Esclavas del Corazón de Jesús, nacidas como un grupo de mujeres dedicadas —entre otras cosas— a colaborar en la atención de la Casa de Ejercicios de Córdoba, proyectándose más tarde en la promoción integral de la mujer.

La Sierva de Dios Catalina Rodríguez, estuvo acompañada en su misión por el Pbro. David Luque y el jesuita José María Bustamente (fundador también de las Adoratrices Argentinas). Es notable cómo todos ellos estuvieron vinculados profundamente con Brochero y trabajaron juntos en diversas empresas evangelizadoras. De hecho, la primera fundación que harán las Esclavas fuera de la ciudad de Córdoba será en Villa del Tránsito: el Siervo de Dios las llevará a fin de contar con su valiosa colaboración en la Casa de Ejercicios y como educadoras en el Colegio de Niñas, fundado por él.

El Padre Bustamente nos ha dejado un testimonio impactante en el informe que en el año 1881 escribe al Padre Visitador de la Compañía, José Saderra; en dicho informe queremos

destacar la admiración con la que Bustamante describe a sus Superiores la obra que el Cura Brochero está realizando en base a los Ejercicios de San Ignacio. Extraemos algunos párrafos:

"[...] el Sr. Brochero, que sabe por experiencia cuán grande es la eficacia de los Santos Ejercicios para comunicar la verdadera luz del Cielo a las inteligencias y hacer que la gracia triunfe en los corazones más rebeldes, no vaciló un instante en adoptar esta arma poderosa para la santificación de los fieles encomendados a su cuidado [...] muchos, aunque no tan pobres, pero a pretexto de pobreza u otras razones aparentes, se excusaban de ir a los Santos Ejercicios. Él entonces les daba cuanto necesitaban y les allanaba todas las demás dificultades, deshaciendo así los ardidés del demonio y triunfando de los corazones más obstinados. Débese notar, además, que a estos sacrificios unía también otros actos heroicos de virtud de una constancia inquebrantable. ¡Cuántas veces se le vio de rodillas a los pies de ciertos pecadores, que duros a sus paternales amonestaciones y lágrimas, se resistían a recibir el bien que en nombre del Santo Cristo que tenía en sus manos, les ofrecía!"²⁵

El Padre Bustamante nos informa acerca de las tandas que los jesuitas de la Residencia de Córdoba dieron, durante los años de su superiorato: en el año 1878, tres tandas con un total de 3.169 ejercitantes; en 1879 hubieron ocho tandas con más de 2.000 ejercitantes en total y en 1880 (hasta el mes de junio) se realizaron dos tandas de 400 mujeres cada una bajo la dirección de los Padres Franciscanos de Río Cuarto. Bustamante cuenta con asombro cómo llega gente desde La Rioja y San Luis que han viajado durante tres, cuatro y cinco días. En el año 1879 una nevada de agosto había impedido la llegada de ejercitantes, sin embargo el día que se iniciaron los Ejercicios se reunieron más de 500 mujeres.

Brochero, además de atender sus obligaciones de párroco, hacía las meditaciones y lecturas de los ejercitantes, estaba en todos los detalles organizativos de la Casa y, por supuesto, se dedicaba con ahinco a confesar a los ejercitantes.

Uno de los frutos que —junto con la reforma de la vida— dejaban los Ejercicios en los feligreses de Brochero, era —así lo atestigua también el Padre Bustamante— la asiduidad en la recepción de los Sacramentos; él mismo dice:

"[...] el que anden [los feligreses] cuatro, seis y más leguas para confesarse todos los meses o antes, se ha hecho tan común, que se mira ya como el modo ordinario de vivir entre aquellos cristianos"²⁶.

Pero además de la preocupación de Brochero por los Ejercicios Espirituales, sabemos cómo en cada etapa de su vida sacerdotal se interesó además por el desarrollo socioeconómico de sus fieles, la enseñanza, los caminos, el ferrocarril. En sus cartas aparece, a cada paso, la clara conciencia de que todas estas cosas las realiza por amor a Dios y a su gente.

El gran cariño hacia sus fieles es un rasgo típico de su estilo sacerdotal: ama a sus serranos, se identifica con ellos, con su modo de ser y de hablar, los conoce, los defiende.

De hecho, cuando Brochero habla de sí mismo en sus cartas, en varias oportunidades se autodescribe como alguien que posee una "agreste personalidad"²⁷, que explica las cosas "a lo criollo"²⁸ y por ello habla siempre "con la franqueza serrana" que lo caracteriza²⁹. Esta identificación con el modo de ser de sus fieles, nunca es fruto de una postura artificial, ni tampoco externa, sino que brota de su sincero amor sacerdotal por aquellos a quienes siempre miró como hijos suyos.

Cuando presenta, por primera vez, su renuncia al Curato luego de veinte años de ministerio en Traslasierra, dirá al Obispo Fray Reginaldo Toro:

"Ilustrísimo Señor, para mí es muy penoso y doloroso el tener que dejar a unos feligreses tan amorosos, tan progresistas y tan generosos, que me han soportado, en primer lugar, 20

años sin quejarse jamás y no ha habido, en segundo lugar, obra pública que haya iniciado —aunque ésta fuera en Departamentos extraños— que no me hayan ayudado con sus intereses y personas [...]"³⁰

Si pide al Obispo dejar su querida Parroquia es porque siente que se está poniendo viejo, y por ello:

"[...] aunque siente en el alma de su alma dejar a sus feligreses [...] el deseo de que sean mejor servidos le obliga a separárseles, como pastor; pero nunca se le separará con el afecto"³¹.

Cuando, hacia el final de su vida se encuentra leproso, una de las cosas que quiere evitar es, como dice al Obispo Fray Zenón Bustos:

"[...] si continúo viviendo en el Tránsito, estaría siempre espantando a mis feligreses con mi enfermedad"³².

Precisamente por esta razón, uno de sus dolores morales más grandes, fue ver cómo sus mismo feligreses —que lo amaban y admiraban sinceramente— atemorizados por su enfermedad, se irán alejando y —más aún— le pedirá que sea él mismo quien tome distancia de la Parroquia:

"[...] como algunos de los médicos, no todos, dijeron que mi enfermedad era lepra, me dijeron las Esclavas, los Jesuitas, y hasta la Señora de Recalde —a pesar de ser ella y su esposo unos de los principales amigos y de los que más me quieren— me dispere y por eso le acaban de pedir que me saque pronto del Curato [...]"³³.

Señalemos ahora, un rasgo sumamente interesante de su personalidad, que emerge de sus escritos mismos: nos referimos a su exquisita afectividad.

Brochero que fue un criollo de pura cepa, sobrio, esforzado, viril y tenaz, supo —simultáneamente— vivir los valores humanos de la cordialidad, el sentido del humor, la amistad.

Sus escritos manifiestan un espíritu sensible, que se expresa en un lenguaje sumamente dúctil en el que abundan las imágenes, las alegorías y las fábulas tomadas muchas veces del mundo campestre y cuyo uso persigue la finalidad de hacer más vivo el mensaje, acercándolo a la expresión oral³⁴.

Algunos ejemplos: cuando —habiendo cumplido 25 años en la Parroquia del Tránsito— solicita al Obispo que considere su renuncia, apela a la fábula de Samaniego "El cazador y el perro" comparándose al viejo perro Mustafá que, aunque fuerte en otro tiempo, ahora está viejo y achacoso³⁵.

Si no llega a pedir a tiempo el decreto de construcción del ferrocarril —nos dice— le puede suceder como a los chanchitos que no se apresuran a llegar a las tetas de la chancha y tienen que contentarse con chillar³⁶.

El Cura Brochero fue un hombre que cultivó profundamente el valor de la amistad: cuidó a sus amigos, se jugó por ellos, les abrió su corazón. Ilustremos estas afirmaciones con algunos ejemplos. El relato de la conversión de Santos Guayama³⁷, nos descubre al Pastor que sabe amar con corazón sacerdotal al pecador y que busca su bien. Cuando se refiere a Guayama le denomina "mi buen amigo"; sale a su encuentro porque tiene conciencia de que es Dios quien lo busca por su intermedio y éste fue el comienzo de una sincera amistad. Frente a Guayama, lo que pretendió el Cura Brochero, fue ayudarlo para que empiece una vida nueva; le enviará una medalla y la imagen de un Cristo para que lleve al cuello; también le regalará un retrato suyo a este hombre perseguido que —de ahora en más— mirará como a un amigo querido; llegará a decirle:

"[...] Don Santos, son tantos los deseos que tengo de verlo y estrecharlo entre mis brazos que los días me parecen años. ¡Ojalá Dios me hiciera el favor de proporcionarme los medios de verlo, en la expedición que haré a los Llanos de La Rioja!"³⁸

Ahora bien, con sentido realista y práctico, el Cura pensó en todos los detalles del caso: asumió el compromiso de cancelar todas las deudas económicas de Guayama, lograr un indulto del Gobierno Nacional y conseguirle un empleo; todo esto a cambio de que Guayama y 300 de sus secuaces participaran en los Ejercicios. Esto pone de manifiesto cómo el estilo evangelizador de Brochero piensa siempre en el bien integral de la persona. No obstante todas las preocupaciones y diligencias de Brochero, Santos Guayama será encarcelado y más tarde fusilado sin juicio alguno, lo que provocará en el Cura un "profundo dolor en su alma".

En torno a este tema, quisiéramos señalar otras dos grandes amistades que —entre otras— cultivó a lo largo de su vida: Miguel Juárez Celman y la Sra. Zoraida Vieira de Recalde.

Las cartas a Juárez Celman —su condiscípulo en el Seminario "Nuestra Señora de Loreto"— abundan en expresiones de una gran confianza. Sirva como ejemplo, ésta que le dirige con motivo de la inauguración de una obra en Villa del Tránsito:

"[...] Hacé una gauchada, carajo, viniendo a ver mi obra antes que te vayas a Buenos Aires, porque era preciso verla, para que te gloríes de una obra que la debes considerar tuya porque la he hecho yo, así como yo me hincho de todo lo que tú has hecho"³⁹.

Se muestra como amigo fiel no sólo en el momento del triunfo sino también —y sobre todo— en el momento de la dificultad. He aquí sus expresiones cuando Juárez Celman debió renunciar como Presidente de la Nación debido a la revolución de 1890:

"Querido: con sorpresa he sabido de tu renuncia, pero tú sabrás lo que haces. Yo me hallaba en Ejercicios en Córdoba junto con 80 hombres [...] Repito, tú sabrás lo que has hecho. Yo nunca he valido nada, pero puedes contar con mi amistad, como siempre"⁴⁰.

A través de las cartas dirigidas a la Sra. Zoraida Vieira de Recalde, nos enteramos, por ejemplo, cuánto extrañaba su Parroquia del Tránsito, cómo sentía nostalgia por su gente y la permanencia en la Ciudad se le hizo difícil. Escuchemos su testimonio:

"Sra. de todo mi aprecio y respeto: [...] Yo no estoy contento porque no me agrada el oficio de canónigo efectivo. Muy triste me puso lo que encontré una carta suya (vieja la carta) en que me decía que renuncie a la canonjía y me vaya al Tránsito; también otra de Don Erasmo [su marido] en que me decía que yo debía morir entre Ustedes. Le garantizo que no sé lo que he de hacer respecto a mi estadía en Córdoba, pues en la ciudad no valgo nada, y en saliendo de ella soy de algún valor, y en su Curato valgo mucho"⁴¹.

Las cartas brochelianas nos colocan frente a un hombre que, más allá de sus sentimientos, ha puesto toda su vida al servicio del Evangelio.

El corazón sacerdotal de Brochero, se volcará siempre en el servicio hacia los más necesitados. Durante sus años de permanencia en Córdoba —cuando fue nombrado Canónigo de la Catedral (Agosto 1898-Agosto 1902)— realizó en esta Ciudad un intenso apostolado con los presos. Es interesante señalar que a los encarcelados —a quienes aplica la expresión "mis queridos hijos espirituales"⁴²— daba con periodicidad tandas de Ejercicios Espirituales, lo cual provocó en algunos una serie de críticas, frente a las cuales defendió publicando sus razones en el diario Los Principios⁴³.

Como en todo hombre de Dios, hallamos la presencia del dolor purificador en su vida sacerdotal.

Brochero conoció el fracaso (su gestión nunca lograda del ferrocarril), las incomprensiones y dificultades con otros sacerdotes (Campmany, Acevedo), religiosas (conflictos con las Esclavas) e incluso con su propio Obispo (ante el cual siempre se mostró filial y obediente) hasta llegar el momento culmen, su "hora": la lepra, que lo redujo a la inactividad y a la soledad. El misterio del dolor en la vida de Brochero va gestando cada vez más un corazón humilde que busca sólo la conformidad con la Voluntad de Dios. Él mismo nos da testimonio de esto cuando dice:

"En fin mi amigo, yo, Usted y todos los hombres somos de Dios en el cuerpo y en el alma; Él es el que nos conserva los cinco sentidos del cuerpo y las tres potencias del alma; y el mismo Dios es quien inutiliza algunos o todos los sentidos del cuerpo, y lo mismo hace con las potencias del alma. Yo estoy muy conforme con lo que ha hecho conmigo relativamente a la vista, y le doy muchas gracias por ello. Cuando yo pude servir a la humanidad me conservó íntegros y robustos mis sentidos y potencias, hoy que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida y estamos llenos de miserias. Sin más, salude a mis pocos amigos que supongo me han quedado"⁴⁴.

El desarrollo del ministerio sacerdotal de José Gabriel Brochero, nos muestra a un hombre inmensamente activo quien, al final de su vida, se vio reducido a la pasividad. Sin embargo, en la pasividad de la purificación es capaz de descubrir desde la fe la mano de Dios que hace misteriosamente fecunda su vida.

En este período duro de su vida, merece particular atención una imagen que hallamos repetidas veces en sus cartas: el "caballo chesche"⁴⁵. Según los estudiosos⁴⁶, "el caballo" — entre otras cosas— es símbolo de la impetuosidad del deseo, de la juventud del hombre, con todo lo que ésta contiene de ardor, fecundidad y generosidad. Simultáneamente, el caballo revestido de color claro, representa el instinto controlado, dominado, sublimado. El símbolo del caballo pasa con igual facilidad de la noche al día, de la muerte a la vida, de la pasión a la acción. Ata los opuestos en una manifestación continua.

Precisamente, en Brochero, este símbolo aparece en cuatro cartas en las que quiere expresar la paradoja de su vida: él, en otro tiempo, fuerte y brioso, ahora se halla viejo y enfermo, reducido a la debilidad total, a la inactividad. Podemos afirmar que "el caballo chesche" es un símbolo que le ayuda a expresar su conciencia actual de debilidad. El chesche, es un símbolo que despierta en José Gabriel la conciencia de la humildad como verdad.

Veamos un fragmento de una de las cartas más hermosas de Brochero. Es la que dirige a su compañero de ordenación sacerdotal Juan Martín Yañiz (en esos momentos, Obispo de Santiago del Estero): aquí no sólo describe lo que está viviendo, sino que comparte con su amigo cómo experimenta esta etapa de su vida, que presiente será la última:

"Mi querido: Recordarás que yo sabía decir de mí mismo que iba a ser como el caballo chesche que se murió galopando; pero jamás tuve presente que Dios Nuestro Señor es quien vivifica y mortifica y quien da las energías físicas y morales y quien las quita. Pues bien, yo estoy ciego casi al remate y apenas distingo la luz del día y no puedo verme ni mis manos; a más, estoy casi sin tacto desde los codos hasta la punta de los dedos, y de las rodillas hasta los pies; y así otra persona me tiene que vestir o prenderme la ropa. La Misa la digo de Memoria y es aquella de la Virgen cuyo Evangelio es: 'extollens quidam mulier de turba...'; para partir la hostia consagrada y para poner en medio del corporal la hijuela cuadrada, llamo al ayudante para que me indique que la forma la he tomado bien para que se parta por donde la ha señalado [...] me cuesta mucho hincarme y muchísimo más el levantarme, a pesar de tomarme de la mesa del altar. Ya ves el estado a que ha quedado reducido el chesche, el enérgico y el brioso. Pero es un grandísimo favor el que me ha

hecho Dios Nuestro Señor en desocuparme por completo de la vida activa y dejarme con la vida pasiva; quiero decir, que Dios me da la ocupación de buscar mi fin y de orar por los hombres pasados, por los presentes y por los que han de venir hasta el fin del mundo. No ha hecho así contigo Dios Nuestro Señor, que te ha cargado con el enorme peso de la mitra hasta que te saque de este mundo, porque te ha considerado más hombre que yo, por no decirte en tu cara, que has sido y sos más virtuoso que yo. Me ha movido escribirte tal cual ésta, porque tres veces he soñado que he estado en funciones religiosas junto contigo, y también porque el 4 del entrante, entramos 47 años a que nos eligió Dios para príncipes de su Corte, de lo cual le doy siempre gracias a Dios y no dejo ni dejaré aquellas cortitas oraciones que he hecho a Dios a fin de nos veamos juntos en el grupo de los Apóstoles en la Metrópoli celestial"⁴⁷.

Hacia el final de sus días, ciego, leproso y solo, es cuando Brochero habla con más explicitud en sus cartas, de la oración. Ahora —físicamente ciego— ve con más claridad que está celebrando vitalmente su "última Misa", que es la identificación con Cristo en la Pasión. Sus palabras evocan la oración sacerdotal de Jesús, que intercede ante el Padre por todos los hombres del mundo. Allí en su pequeño cuarto, este anciano sacerdote siente que su corazón sacerdotal es capaz de abrazar con Cristo a todos los hombres de la historia"⁴⁸.

Este breve recorrido por los escritos del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero, nos abren un horizonte nuevo y real de este hombre casi legendario que —como Jesús— "pasó haciendo el bien", que supo entregar todas sus energías físicas, morales y espirituales sirviendo al Pueblo de Dios aquí, en Traslasierra, en donde su amor y sacrificio le hicieron entrever proféticamente que se quedaría siempre en el corazón de sus serranos:

"Por tantas cosas de las manifestaciones de que me han hecho objeto, he podido pispar que viviré siempre siempre en el corazón de la zona occidental, puesto que la vida de los muertos está en el recuerdo de los vivos"⁴⁹.

La figura del Cura Brochero, nos ayuda enormemente porque en él vemos reflejado lo que todo sacerdote anhela ser según las mociones interiores del Espíritu Santo. Brochero es una clara manifestación, una proclamación viviente, de lo que el Pueblo de Dios espera que seamos sus sacerdotes.

En el Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero, vemos no solamente la aspiración realizada de lo que ansía ser espiritualmente todo sacerdote, sino también nos alerta acerca de todo aquello que puede hacernos perder el rumbo hacia la santidad: bien sea en la intimidad de la experiencia personal, en el plano humano-social o incluso dentro de la vida eclesial.

Nosotros —ministros del Señor— que compartimos el carisma apostólico, queremos mirar a José Gabriel del Rosario Brochero como un verdadero estímulo para la fidelidad a la misión sacerdotal que —en este tramo de la historia— nos toca realizar, para la mayor gloria de Dios y la salvación de todos los hombres.

Notas

¹ * El autor es Director Espiritual del Seminario Mayor "Ntra. Señora de Loreto" de la Arquidiócesis de Córdoba. Cf. CHARLES A. BERNARD, Teología Espiritual, Madrid 1994, 30-33.483-498.

² JOSEPH DE SAINTE-MARIE, "Peccato e vita mistica" en Rivista di vita spirituale 3 (1979) 257-276.

³ Cf. DIONISIO AREOPAGITA, Teología mística I,1: PG 3,997B-1000A.

⁴ Catecismo Iglesia Católica n° 2014.

- ⁵ Cf. G. MOIOLI, "Mística cristiana" en Nuevo Diccionario de Espiritualidad dirigido por De Fiores-Goffi, Madrid 1991.
- ⁶ Cf. Ch. BERNARD, Teología spirituale, Milano 1989, 69-97.
- ⁷ Carta a Nicolás Castellano (5 de Diciembre de 1904).
- ⁸ Carta al Pbro. Filemón Cabanillas (13 de Diciembre de 1884).
- ⁹ Carta al Sr. José Mayo (5 de Junio de 1893).
- ¹⁰ El análisis psicografológico de sus manuscritos (realizado por el Perito grafólogo Profesor José Armando Pucheta) muestra una personalidad que no se deja atar por los prejuicios o límites impuestos por los convencionalismos. Hay en él una tendencia a pasar sobre los formalismos o las exigencias rígidas.
- ¹¹ Carta al Pbro. Eduardo Ferreira (2 de Febrero de 1907).
- ¹² Carta al Sr. José Mayo (5 de Junio de 1893).
- ¹³ Carta al Ingeniero y Diputado Nacional Francisco Seguí (Agosto de 1905).
- ¹⁴ Carta al Obispo Fray Reginaldo Toro (19 de Noviembre de 1889).
- ¹⁵ Carta al Ingeniero y Diputado Nacional Francisco Seguí (Agosto de 1905).
- ¹⁶ Carta a Juárez Celman (16 de Julio de 1905).
- ¹⁷ Carta a Agustín González (24 de Junio de 1905).
- ¹⁸ Carta a Agustín González (24 de Junio de 1905); a Guillermo Molina (31 de Agosto, 19 de Setiembre de 1905, carta y telegrama); a Román Pereira y Eufasio Páez (19 de Setiembre de 1905); telegrama a Guillermo Molina (30 de Setiembre de 1905); al Congreso de la Nación (21 de junio de 1907); a Elpidio González (4 de Octubre de 1912).
- ¹⁹ Carta al Secretario del Obispado Pbro. Eduardo Ferreira (2 de Febrero de 1907).
- ²⁰ Carta al Sr. José Mayo (5 de Junio de 1893).
- ²¹ Carta al Padre Martín Alsina, Superior General de los Misioneros claretianos (11 de Febrero de 1912).
- ²² Cf. Cartas a la Madre Victoria María Ríos, General de las Esclavas Argentinas (25 de Febrero de 1912; 10 de Marzo de 1912; 28 de Marzo de 1912; 24 de Junio de 1912).
- ²³ "Narración de la obra de los Ejercicios en la antigua Provincia del Paraguay" citado en Apuntes biográficos, cartas y otros documentos referentes a la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa, recopilados por el P. Justo Beguiriztain sj, Buenos Aires 1933, 14-18.
- ²⁴ Para la presentación de los datos que se refieren a la vida y tarea de María Antonia de la Paz y Figueroa hemos utilizado, fundamentalmente, el trabajo del Padre IGNACIO PÉREZ DEL VISO SJ, "María Antonia de la Paz y Figueroa y la Nueva Evangelización" en Cuadernos Monásticos 102 (1992) 311-324.
- ²⁵ J.M.BLANCO, R.P. José María Bustamente de la Compañía de Jesús, Fundador del Instituto de las Adoratrices y organizador del Instituto de las Esclavas del Corazón de Jesús, Buenos Aires 1935, 83-104.
- ²⁶ *Ibid.* 99.
- ²⁷ Carta a Juárez Celman (5 de Setiembre de 1904).
- ²⁸ Carta al Honorable Congreso de la Nación (21 de Junio de 1907).
- ²⁹ Carta al Ingeniero y Diputado Nacional Francisco Seguí (Agosto de 1905); Carta al Presidente de la Nación, Dr. Manuel Quintana (2 de Noviembre de 1905).
- ³⁰ Carta al Obispo Fray Reginaldo Toro (19 de Noviembre de 1889).
- ³¹ Carta al Obispo Fray Reginaldo Toro (1 de Diciembre de 1894).
- ³² Carta al Obispo Fray Zenón Bustos (26 de Julio de 1907).
- ³³ Carta al Obispo Fray Zenón Bustos (7 de Julio de 1907).
- ³⁴ Así lo expresa en la carta que dirige a Elpidio González, presidente del Comité Central de la Provincia (8 de Octubre de 1912): "[...] aunque [la palabra] escrita no es tan enfática y persuasiva como la de viva voz".
- ³⁵ Carta a Mons. Fray Reginaldo Toro (1º de Diciembre de 1894).
- ³⁶ Carta a Miguel Juárez Celman (28 de Abril de 1905); Carta a Figueroa Alcorta (4 de Junio de 1905).
- ³⁷ Carta a Cipriano Báez Mesa (21 de Diciembre de 1894).
- ³⁸ Carta a Santos Guayama (1876).
- ³⁹ Carta a Miguel Juárez Celman (11 de Agosto de 1882).
- ⁴⁰ Carta a Juárez Celman (10 de Agosto de 1890).
- ⁴¹ Carta a la Sra. Zoraida Vieira de Recalde (15 de Agosto de 1902).
- ⁴² Carta a los presos de la Penitenciaría de Córdoba (22 de Diciembre de 1900).
- ⁴³ Artículo en "Los Principios" (Enero de 1901).
- ⁴⁴ Carta a Romualdo Recalde (6 de Octubre de 1910).

⁴⁵ "Chesche" indica al caballo blanco con pequeños puntos rojos o rosados. Carta a José María Castellano (22 de Setiembre de 1904); a Nicolás Castellano (28 de Abril de 1905); a Mons. Juan Martín Yañiz (28 de Octubre de 1913); a Nicolás y Santos Castellano (29 de Octubre de 1913).

⁴⁶ "caballo" en Diccionario de los símbolos bajo la dirección de J. Chevalier, Barcelona 1991.

⁴⁷ Carta al Obispo de Santiago del Estero, Juan Martín Yañiz (28 de Octubre de 1913).

⁴⁸ Cf. Carta a Nicolás Castellano (2 de Noviembre de 1913).

⁴⁹ Carta a Miguel Juárez Celman (8 de Noviembre de 1905).

HACIA UNA PSICOLOGÍA DE LA MADUREZ INTEGRAL DEL SACERDOTE

Dr. Gastón de Mézerville Zéller

I. LA MADUREZ HUMANA INTEGRAL

Entre los psicólogos que han tratado el tema del desarrollo hacia la madurez humana, ninguno como el Dr. Erik Erikson nos ofrece una síntesis de los elementos fundamentales que caracterizan al adulto maduro, consistente en la adquisición de fortaleza en las áreas de la identidad personal, la intimidad en la relación con otros, y la generatividad de vida que trasciende a las futuras generaciones.

Este esquema fundamental de Erikson, complementado por el concepto del Dr. Viktor Frankl de la voluntad de sentido como la fuerza motivadora primordial en la vida del ser humano, nos ha permitido definir a la persona madura como «...aquella, que a lo largo de su vida, ha desarrollado un sano sentido de identidad, un cálido sentido de pertenencia y de fraternidad con sus semejantes, y un sólido sentido de misión como significado último de su existencia».

Aunque el planteamiento original de la madurez, que Erikson presenta en su libro «Infancia y Sociedad» (1966), corresponde a un enfoque longitudinal del desarrollo humano que se va adquiriendo a través de la maduración de etapas sucesivas, estos elementos fundamentales de la identidad, la intimidad y la generatividad trascienden una concepción meramente evolutiva, para constituirse en los criterios que permiten evaluar el grado de madurez alcanzado por la persona adulta, en cualquier edad cronológica en que se encuentre.

De esta manera, el esquema básico de tres conceptos fundamentales propuesto por Erikson puede asociarse, para los fines de este ensayo, con otras características más específicas de la madurez humana, cristiana y sacerdotal en la vida de los formadores de seminarios, constituyéndose así como en el esqueleto que sostiene los diferentes sistemas vitales que integradamente posibilitan la existencia de toda la persona.

El Cuadro N° 1, por lo tanto, nos presenta un diagrama en el que se señalan las características del individuo bien adaptado a nivel psicológico en las áreas básicas de la salud mental y el ajuste afectivo-sexual, correlacionadas con su sentido de identidad, intimidad y generatividad personales (Ver Cuadro N° 1). Estos parámetros, que caracterizan a la persona que goza de una buena salud mental, se fundamentan en una interpretación personal del enfoque, más general, que propone el Dr. James Whittaker en la tercera edición de su libro «Psicología» (1977, pp. 538-539), y que pueden redefinirse en términos de tres componentes básicos, a saber: La auto-estima, la capacidad de dar y recibir afecto, y el buen manejo del estrés. Por otra parte, el desarrollo a nivel afectivo y sexual se basa en el enfoque propuesto por el Dr. Michael Cavanagh (1983), consistente en la maduración plena de las dimensiones cognitiva, emocional, social y moral de la sexualidad, a través de la etapa de la identidad sexual, así como de las fases de la mutuality y la integración psicosexual, en el proceso de maduración de la persona adulta.

1. EL SENTIDO DE IDENTIDAD PERSONAL

Como resultado de la etapa de la adolescencia, la persona que ha desarrollado un sano sentido de identidad como individuo adulto, particularmente en cuanto a la definición satisfactoria de su rol sexual y ocupacional, trasciende las reacciones de confusión y preocupación excesivas sobre sí mismo, que son características del adolescente inmaduro, y

se orienta hacia el otro, tras la búsqueda de una vivencia de la afiliación y el amor concreto en las relaciones humanas. Esta capacidad de entrega personal, sin embargo, no se verá plenamente realizada a menos que se fundamente sobre las bases de una sana auto-estima.

El mismo Jesús, al proclamar el mandamiento del amor, señaló que éste consistía en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo (Mc 12,28-34), estableciendo de esta manera que el amor a sí mismo debía constituir no sólo la medida, sino el requisito previo y una de las fuentes principales del amor a los demás. Es muy conocido el adagio popular de que «nadie da lo que no tiene», reafirmando así la necesidad personal de desarrollar una estima propia adecuada, sin la cual el individuo se verá imposibilitado para vivenciar un amor trascendente.

La auto-estima se manifiesta en las dimensiones actitudinal y conductual, pudiendo describirse operacionalmente en términos de seis elementos, que en mi práctica clínica ha llegado a sintetizar como sus componentes esenciales, a saber: La auto-imagen, la auto-valoración y la auto-confianza, que representan los elementos actitudinales de tipo inferido; y el auto-control, la auto-afirmación y la auto-realización, que constituyen los elementos conductuales de tipo observable.

* La auto-imagen es la capacidad de verse a sí mismo, no mejor ni peor, sino como uno realmente es. El problema principal en esta área es el auto-engaño, y la meta a alcanzar consiste en el conocimiento propio, equilibrando apropiadamente los elementos positivos y negativos de la personalidad.

* La auto-valoración es apreciarse como una persona importante para sí mismo y para los demás. En este caso, el problema se manifiesta en la auto-devaluación, proponiéndose como meta la necesidad de la persona de verse con agrado, de forma que le preste valor a las dimensiones de la propia personalidad que son importantes, tanto ante sí mismo como ante los demás.

* La auto-confianza se caracteriza por creer que uno puede hacer bien distintas cosas y sentirse seguro al realizarlas. El problema en esta área se define como la inseguridad, consistiendo la meta de superación en edificar una actitud de fe en sí mismo, así como en las propias capacidades personales, junto a una disposición de probarlas de maneras adecuadas para crecer en ellas gradual y satisfactoriamente.

* El auto-control se manifiesta en administrarse correctamente a nivel personal, cuidándose, dominándose y organizándose bien en la vida. El principal problema lo constituye el auto-descuido, así como otras conductas de descontrol, desorden e indisciplina en la vida de la persona. Ante esta realidad, la meta a alcanzar consiste en la adopción de hábitos adecuados de cuidado personal y patrones de conducta caracterizados por una buena disciplina y organización de las cosas que se hacen.

* La auto-afirmación es la libertad de ser uno mismo y poder tomar decisiones con madurez. A esta capacidad se opone el problema de la auto-anulación, requiriéndose como meta de superación el buscar formas sanas de manifestar el pensamiento y las capacidades personales ante otros, y en conducirse con autonomía, sin caer en los extremos de la sobredependencia o la autosuficiencia exageradas.

* La auto-realización, finalmente, consiste en el desarrollo adecuado de las capacidades propias, para vivir una vida buena y poder servirle mejor a los demás. Aquí el problema se define en términos de una situación de estancamiento y esterilidad personales. La meta, por lo tanto, exige la proyección del individuo a través de distintas áreas de entrega, interés o aptitud, que le permitan ir dejando, personal y significativamente, su huella en la existencia.

En el campo afectivo y sexual, el Dr. Michael Cavanagh define cuatro dimensiones a nivel cognitivo, emocional, social y moral, que caracterizan la plena madurez en la identidad psicosexual del individuo (Cavanagh, 1983).

* La dimensión cognitiva consiste en una percepción positiva del propio cuerpo, del sexo personal y sus manifestaciones, así como del de los demás.

* La dimensión emocional se manifiesta en un sentirse la persona cómoda, confiada y competente con la sexualidad propia, al igual que con la de los demás.

* La dimensión social se caracteriza por la capacidad del individuo de relacionarse con personas de ambos sexos de forma abierta, tranquila y potencialmente realizante.

* La dimensión moral se expresa en la valoración que hace la persona de las formas sanas y apropiadas de manifestarse sexualmente, así como el rechazo de las conductas inmaduras o desviadas de expresión sexual.

Para del Dr. Cavanagh, cuando se da el crecimiento adecuado durante las etapas de la infancia y de la adolescencia, el individuo va adquiriendo una sana identidad sexual, lo que le permite acceder a una vivencia madura de su sexualidad en la vida adulta. Esto implica la superación satisfactoria de las fases infantiles de la inconciencia y el despertar sexual, seguidas por la fase de sexualidad camuflada, las cuales corresponden a las etapas oral, anal, genital y de latencia, propuestas originalmente por Freud. Asimismo, en la adolescencia debe darse la experiencia sana de las fases de fantasía y preocupación por lo sexual, así como de la fase de relaciones superficiales, que posibilitan finalmente la adquisición de una identidad sexual madura.

2. EL SENTIDO DE INTIMIDAD PERSONAL

La persona madura no sólo necesita adquirir una comprensión positiva sobre «quién es ella», sino que este conocimiento debe complementarse con una vivencia satisfactoria de «con quién está ella», lo que redundará en un cálido sentido de pertenencia y fraternidad con sus semejantes. Este elemento de la madurez personal, que Erikson define como el sentido de intimidad, se caracteriza operacionalmente por la capacidad de dar y recibir afecto.

El afecto es una fuerza dinámica que, como la corriente de un río, necesita estar en movimiento para revitalizarse y crecer en su caudal; pues si la capacidad de dar y recibir afecto se queda estancada, se va pudriendo como el agua empantanada que pierde su capacidad de producir vida, para convertirse más bien en un agente propagador de enfermedad y muerte en medio de su entorno.

A este respecto, se pueden presentar tres tipos diferentes de patologías: la primera se manifiesta en las personas que se encierran sobre sí mismas, bloqueando toda posibilidad de entrar en relación profunda y significativa con los demás a nivel afectivo. La segunda se caracteriza por una conducta sobredemandante del afecto de los demás, sin que concomitantemente ocurra una correspondencia afectiva, debido a la incapacidad de dar de la persona. Finalmente la tercera patología se expresa en una actitud de autosuficiencia y superioridad que pretende todo el tiempo dar, sin recibir nada a cambio, pues el recibir se interpretaría inconscientemente como una postura humillante de dependencia de los demás. Estos tres tipos de conducta patológica requieren de una orientación apropiada, que le permita al individuo desajustado equilibrarse afectivamente, sin lo cual no podrá experimentar esa interacción cálida y afectuosa con las personas que lo rodean y que representa una de las fuentes más importantes de satisfacción a nivel existencial.

En la adquisición de esta capacidad para dar y recibir afecto, resulta de gran utilidad el aprendizaje de las tres condiciones que caracterizan un buen ambiente terapéutico, según la teoría rogeriana, y que tienen una aplicación directa en la práctica de las relaciones humanas, a saber: la empatía, el respeto y la autenticidad (Rogers, 1961).

* La empatía es la capacidad de identificarse con los demás, poniéndose en el lugar de las otras personas de manera que éstas se sientan comprendidas en su situación particular. Esta capacidad empática requiere de una actitud interesada en el otro, así como de un aprendizaje conductual en las áreas de la atención hacia los demás, y del reflejo de sentimientos y significados que las distintas circunstancias producen en las personas.

El respeto es definido por Rogers como una aceptación incondicional del otro como persona valiosa, única e irrepetible. Esta capacidad de respeto implica el aprender a aceptar a quienes nos rodean, aún cuando se condenen algunas de sus conductas particulares, siguiendo así la máxima cristiana que aconseja rechazar al pecado sin dejar de amar al pecador.

* La autenticidad se caracteriza por la congruencia entre lo que las personas piensan, sienten, dicen y hacen. Esta tercera condición para las buenas relaciones humanas demanda el desarrollo de la integridad personal, sin la cual los individuos no podrán experimentar la confianza que propicia una verdadera entrega mutua, requisito fundamental para el establecimiento de lazos estrechos y profundos de intimidad.

En el plano de la vida afectiva-sexual, Cavanagh define la madurez del joven adulto como la capacidad de experimentar mutualidad psicosexual, la cual describe de la siguiente forma: «Esta fase marca el paso de una visión de la relación heterosexual como instrumento para obtener auto-afirmación y auto-gratificación, a una nueva visión (de la relación heterosexual) como la oportunidad de expresar y compartir cuidado, confianza y afectos mutuos. En el desarrollo sano, los jóvenes adultos aprenden mucho sobre sí mismos al experimentar relaciones de distintos grados de profundidad, comprendiendo lo que ellos necesitan o no dentro de una relación, lo que son sus áreas de fortaleza y de debilidad personal, así como sus propios valores en términos de aquellos que pueden o no ser negociables. De esta manera, ellos aprenden a caminar por el delicado camino entre la intimidad y la vulnerabilidad, el centrarse en sí mismos y la auto-negación, el afecto y la posesividad, la realidad y el romance. (Finalmente), ellos también aprenden sobre la belleza y la tensión que forman parte de compartir su espacio vital, con otra persona» (Cavanagh, 1983, p. 104).

De acuerdo con Cavanagh, esta fase de maduración resulta ser de la mayor importancia porque, independientemente del estilo de vida que la persona escoja, la confianza y demás cualidades que el individuo desarrolla durante este período se hacen verdaderamente necesarias para el establecimiento de relaciones interpersonales mutuamente gratificantes.

3. EL SENTIDO DE GENERATIVIDAD PERSONAL

El individuo que ha encontrado su propia identidad, contestando a la pregunta de «¿quién soy yo?», y que ha desarrollado la capacidad de relacionarse de manera íntima y personal, respondiendo así al interrogante de «¿con quién estoy yo?», necesita también proyectarse significativamente en su vida, buscando una respuesta satisfactoria al dilema existencial de «¿para qué estoy yo?». Erikson define esta característica de la madurez humana como la capacidad para la generatividad, sin la cual la persona cae en una situación de estancamiento, asociada con un sentimiento de vacío y esterilidad existencial.

Esta necesidad de generar vida, como parte del propósito vital de la persona madura, está estrechamente relacionada con la capacidad del individuo para asimilar sanamente todas aquellas tensiones, que inevitablemente deberá enfrentar en el desarrollo de su misión particular. Hacia mediados del siglo XX, el renombrado investigador médico Dr. Hans Selye acuñó el término "estrés" para describir con él todo el desgaste y tensión causados por la vida, convirtiéndose de inmediato en un revolucionario concepto de gran impacto en el campo de la salud física y mental (Selye, 1956).

El buen manejo del estrés se considera hoy en día como uno de los parámetros más relevantes, junto con la auto-estima y la capacidad para convertirlo positivamente en una fuerza de gran poder motivador de su existencia. El Dr. Viktor E. Frankl afirma también que «no es la homeostasis sino la tensión la que da sentido a la vida» (en Idoate, 1992). Se hace necesario, entonces, desarrollar esta aptitud para manejar el estrés, como una de las expresiones más importantes y concretas del nivel de madurez en la persona adulta.

El estrés negativo se caracteriza por un estado psico-fisiológico de tensión acumulada que produce una reacción de alarma, desgaste y descontrol, ya sea localizada en una parte específica del organismo, como también generalizada a la totalidad de la persona. De acuerdo con el Dr. Selye, si existe proporcionalmente demasiado estrés en una parte del individuo, éste necesita redirigir esa tensión hacia otras partes o sistemas del organismo. Si, por el contrario, se da una situación severa de estrés en la persona como un todo, ésta necesitará de un tratamiento adecuado de descanso para poder reponerse (Selye, 1956, pp.267-269).

En cualquiera de los casos, al enfrentar el estrés negativo lo que se pretende prevenir no es la tensión o el cansancio, inherentes a toda actividad intensa, sino el hecho de que éstos se acumulen excesivamente durante mucho tiempo, sin permitirle al individuo reponerse para seguir trabajando, con redoblado esfuerzo, como parte de la generatividad que es propia de la vida de las personas maduras.

Después de analizar muchas investigaciones en este campo, tras la búsqueda de aquellos elementos que posibilitan un mejor manejo del estrés negativo y su reconversión en estrés positivo, aparecen tres conceptos que guardan relación directa con el tipo de estrés que experimentan el común de las personas. Estos conceptos son la estima propia, el control y el significado.

En lo que atañe a la estima propia, la psicóloga Virginia Price ha comprobado que una gran mayoría de individuos que presentan conductas estresantes, caracterizadas por un alto grado de urgencia en el tiempo y un elevado sentido de perfeccionismo en todo lo que hacen, frecuentemente son personas con una auto-estima muy baja. Según Price, este tipo de individuos creen que para ser merecedores de estima personal, ellos necesitan presentar una serie de logros y actuaciones sin falla, superando en el camino a otros competidores, en un aparente esfuerzo desenfrenado por probarse a ellos mismos a toda costa. Los cardiólogos Meyer Friedman y Ray Rosenman han designado como "Tipo A" a estas conductas provocadoras de estrés negativo, reconociéndolas como la causa principal de problemas cardiovasculares y otras patologías importantes. Las personas que, por el contrario, no hacen depender su buena estima y valor personal del nivel de logro que puedan alcanzar, se mantienen significativamente libres del efecto pernicioso del estrés negativo en sus vidas (en Gill, 1981, pp. 112-121).

El control personal ha probado ser un segundo elemento de trascendental importancia para el manejo adecuado del estrés. En un artículo titulado «Córtele las Garras al Estrés», el Dr. Peter Hanson propone que las personas deben aprender a pasar por alto lo que es

incontrolable y, más bien, ejercer control sobre todo aquello que es susceptible de ser controlado. A este respecto, el Dr. Hanson describe «... un interesante proyecto de investigación en dos grupos de trabajadores expuestos a molestos ruidos ambientales: el de maquinaria, los procedentes de la calle y las voces de personas que hablaban en idiomas extranjeros. Un grupo disponía de un botón, colocado en un escritorio, para apagar el ruido a voluntad; el otro grupo no disponía de ese botón interruptor. La productividad del grupo que disponía del botón fue la esperada: constante, y mejor que la de los que no disponían de un medio de control. Lo interesante en este caso es que realmente nadie oprimió el botón; el solo saber que lo tenían al alcance de la mano bastaba para aminorar el estrés». (Hanson 1989, p. 108).

Para Hanson, la lección que se deriva de esta investigación es que resulta esencial para las personas poder recurrir a ciertos «botones de control», que les ayuden a sobrellevar bien los distintos tipos de estrés que deben enfrentar como parte de sus vidas. En consecuencia, él propone siete medidas de control que, a pesar de su aparente sencillez, han probado ser de gran efectividad para el buen manejo del estrés:

- * El sentido del humor, pues se ha comprobado que la risa eleva la concentración sanguínea de las endorfinas, lo que contribuye a aumentar el nivel de tolerancia a las situaciones de frustración o de dolor, al igual que a mejorar la resistencia ante las enfermedades.

- * La dieta y el ejercicio apropiados, que fortalecen y equilibran al organismo para enfrentar satisfactoriamente las responsabilidades, a veces extenuantes, de la vida moderna.

- * La práctica del relajamiento, aplicado de manera regular y sistemática, le permite al individuo hacer un alto durante el día y revertir muchas de las reacciones naturales de tipo psicossomático del organismo ante el estrés.

- * El cambio de actividades, que le hace posible a la persona «cambiar de marcha», mediante el paso de una actividad estresante que involucra ciertos circuitos del cerebro, por ejemplo a nivel intelectual, a otro tipo de actividad, como puede ser el caso de la práctica de un instrumento musical, permitiéndole así al individuo redirigir el estrés a otras partes del organismo.

- * Las metas realistas, ya sean a corto, mediano o largo plazo, hacen que la persona experimente diariamente el estímulo de tener cosas importantes por realizar, aunado al hecho de que la obtención de logros frecuentes, refuerza al individuo en su capacidad de seguirse esforzando a pesar de los obstáculos.

La preparación cuidadosa para el trabajo, en las áreas de competencia y habilidad personal, reducen significativamente el nivel de tensión en el desempeño de funciones que demandan un alto nivel de rendimiento.

La armonía en la convivencia humana, tanto a nivel de matrimonio y familia, como de amistad y compañerismo en los ambientes en que la persona se desenvuelve, le ofrecen una oportunidad continua de minimizar el estrés cotidiano y, por así decirlo, disfrutar de una "mini-vacación" frecuente, sin tener que abandonar sus responsabilidades para experimentar descanso (Hanson, 1989, pp. 108-109).

El significado es el tercero y último concepto que parece correlacionar altamente con la experiencia del estrés, tanto positivo como negativo, que consiste en la interpretación que el individuo hace de las situaciones tensionantes que le toca enfrentar. Cuando la persona le encuentra sentido a sus circunstancias, por presionantes o difíciles que éstas sean, el nivel de estrés disminuye considerablemente en comparación al que experimentan otros individuos quienes, en esas mismas circunstancias, las visualizan como absurdas y vacías de significado.

En este respecto, la terapia existencial de Viktor Frankl, conocida como "Logoterapia", procura un cuestionamiento profundo sobre los valores, creencias y tradiciones fundamentales que puedan aportarle sentido a la vida de las personas, preparándolas así para el enfrentamiento adecuado y la asimilación positiva de las situaciones estresantes, que inevitablemente forman parte del llamado de generatividad que caracteriza la realización vital del adulto maduro (Idoate, 1992).

Finalmente, al considerar la vida afectiva y sexual de la persona que ha asumido una misión significativa a nivel existencial, el Dr. Michael Cavanagh se refiere a esta etapa como la culminación en el proceso de maduración individual, denominándola como la fase de «Integración Psicosexual». En sus propias palabras, Cavanagh afirma que «...este período comienza hacia el final de la adultez joven (aproximadamente a los treinta años de edad), y dentro del contexto del desarrollo saludable continúa hasta la muerte. Durante este tiempo, las necesidades de tipo psicosexual gradualmente asumen su lugar entre otros valores de similar importancia. Dependiendo del compromiso de vida personal, las necesidades psicosexuales compartirán prioridad con otras necesidades igualmente relevantes, tales como el ganarse la vida y progresar en el trabajo, el ejercicio de la paternidad, el cultivar amistades, la realización de proyectos comunitarios o de apostolado y la búsqueda de metas espirituales...Cualquiera que sea el estilo de vida que la persona escoja, su dimensión psicosexual se entrelazará con los demás hilos que conforman la tela de su vida, embelleciéndola significativamente en su conjunto. De esta manera, la sexualidad se manifiesta en un adecuado balance con las otras dimensiones, sin que predomine ni tampoco resulte menos importante para las demás» (Cavanagh, 1983, p.105).

II. LA MADUREZ DEL SACERDOTE COMO PASTOR

El Papa Juan Pablo II y los obispos asistentes al Sínodo de 1990 «Sobre la Formación de los Sacerdotes en la Situación Actual», insistieron claramente en la necesidad de la madurez sacerdotal como requisito indispensable para el adecuado ejercicio de este ministerio. A este respecto, en la exhortación apostólica postsinodal «Pastores Dabo Vobis» (1992), se afirma que «...sin una adecuada formación humana toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario». A lo que añade Juan Pablo II: «Esta afirmación de los Padres sinodales expresa no solamente un dato sugerido diariamente por la razón y comprobado por la experiencia, sino una exigencia que encuentra sus motivos más profundos y específicos en la naturaleza misma del presbítero y de su ministerio» (P.D.V.,43). Estas manifestaciones del Papa y los Obispos, reafirman la convicción de que la madurez humana debe considerarse como el requisito previo, sin el cual no puede fundamentarse apropiadamente el análisis, más específico, de los parámetros asociados con la vivencia madura el ministerio sacerdotal.

Es un hecho, resaltado en la misma "Lineamenta" que se ofrecía a las iglesias particulares como preparación para el debate sinodal, que «...la complejidad y el peso del ministerio de los sacerdotes y de sus condiciones de vida exigen hoy una madurez más sólida que en el pasado» (Lineamenta, 10). Por esta razón, resulta de la mayor importancia analizar ciertos elementos propios de la madurez sacerdotal, tanto en su «...ligazón ontológica específica que une al sacerdote con Cristo, Sumo Sacerdote y buen Pastor» (P.D.V., 11), como en los aspectos que atañen a la vivencia madura del celibato, que según el rito latino debe caracterizar la vida y el ministerio de los sacerdotes diocesanos.

En el cuadro N° 2 se correlacionan los parámetros de identidad, intimidad y generatividad, anteriormente propuesto, con el sentido de misterio, comunión y misión, característicos de la vida sacerdotal; asimismo, se establece la correlación correspondiente de estos conceptos con la vivencia del celibato, enmarcado dentro de una opción consciente y libre, canalizada sana y significativamente, constituyéndose también en elementos esenciales para un sacerdocio maduro (ver cuadro N° 2).

En cuanto a lo primero, Juan Pablo II sintetiza la enseñanza conciliar al presentar a la Iglesia como misterio, comunión y misión, señalando que «...ella es misterio porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5), llamados a revivir la comunión misma de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia (misión)» (P.D.V., 12).

Por otra parte, en lo que se refiere al celibato sacerdotal y religioso, el padre George A. Aschenbrenner, S.J., propone la necesidad de un equilibrio entre una soledad apacible y una interacción afectuosa, proyectados hacia una misión generadora de vida, como los tres elementos primordiales que, adecuadamente integrados, posibilitan una vivencia madura y satisfactoria del celibato (Aschenbrenner, 1985, pp.27-33).

1. EL SENTIDO DE IDENTIDAD SACERDOTAL

La identidad fundamental de la Iglesia, y por ende de todos sus miembros, tanto sacerdotes, religiosos como fieles laicos, no puede ser entendida fuera del «sentido de misterio» que la caracteriza en su relación sobrenatural con Dios. En particular, refiriéndose a la identidad del sacerdote, el Papa Juan Pablo II la define de la siguiente manera: «Es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda identidad cristiana, y por tanto también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio. En efecto, el presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo se configura de un modo especial, para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo» (P.D.V., 12).

El sentido de misterio, por lo tanto, define la identidad del sacerdote como del orden de la fe, configurándolo a Jesucristo por su ordenación sacramental; lo que de ninguna manera reduce su dimensión humana, sino que la realza al convertirlo en testigo del Evangelio de la gracia de Dios y dispensador de los misterios sagrados.

De acuerdo a la "Lineamenta", propuesta para el Sínodo «Sobre la Formación de los Sacerdotes en la Situación Actual», esta educación al sentido del misterio «...supone una vida de oración personal y silenciosa. Esta vida de oración es relación personal con Dios, en Jesucristo, por su Espíritu..., (y necesita) nutrirse de la palabra de Dios leída y meditada, «lectio divina», que el futuro ministro de la Palabra debe haber largamente practicado. En un mundo de agitación y de ruido, una atmósfera de silencio facilita esta búsqueda interior y este encuentro personal con el Señor» (Lineamenta, 26).

Esta necesidad del silencio, como requisito para la plena vivencia del sentido de misterio en la identidad sacerdotal, es confirmada por el padre Aschenbrenner en su artículo «Celibato en Comunidad y Ministerio». Al hablar de «una soledad apacible», el padre Aschenbrenner insiste en que «...si no se da primacía a la relación central de soledad (del sacerdote), a solas con Dios y en Dios, las relaciones a nivel comunal pueden demandar una prioridad tal

que lleguen a confundir, o incluso destruir, la identidad celibataria», la cual debe estar fundamentada sólidamente en la vivencia de una relación personal de compañerismo con Dios. A este comentario, el padre Aschenbrenner añade que aunque su artículo se refiere primariamente al sacerdocio religioso, «...puede ser aplicado al celibato del sacerdote diocesano, con las debidas adaptaciones» (Aschenbrenner, 1985, p.28).

Esta «soledad apacible» brinda el contexto dentro del cual el sacerdote, que desea abrazar el celibato como una forma de vida para el ejercicio de su ministerio, opte por él de manera consciente y libremente aceptada. De lo contrario, las consecuencias de una vivencia celibataria, inconscientemente asumida e interpretada como una situación impuesta, pueden ser altamente patológicas, acarreando para el sacerdote una carga agobiante de angustia, que en tiempo de crisis puede dar al traste no sólo con su celibato, sino con la totalidad de su vida ministerial.

2. EL SENTIDO DE INTIMIDAD SACERDOTAL

Al considerar el ámbito relacional en la vida de los sacerdotes, la Iglesia señala «el sentido de comunión» como el segundo elemento que resulta esencial para la expresión madura del sacerdocio. De acuerdo al texto antes citado de la "Lineamenta", o documento para la preparación del Sínodo sobre este tema, se afirma que «...en un mundo dividido, los sacerdotes están llamados, en virtud misma de su función pastoral, a servir a la comunión. Ellos reúnen la comunidad cristiana en la unidad de una misma fe nutrida de la Palabra de Dios, en la caridad renovada por la gracia de los sacramentos, de modo especial por el de la Eucaristía... Este servicio de la unidad exige testigos de la compasión, de la misericordia, del perdón y de la reconciliación... Todos los sacerdotes diocesanos o miembros de comunidades religiosas de vida contemplativa, activa o misionera, están llamados pues a vivir ellos mismos, en el presbiterio, una íntima unidad de espíritu y de acción» (Lineamenta, 13). Por lo tanto, y utilizando las palabras de Juan Pablo II en su exhortación apostólica «Pastores Dabo Vobis», «...se puede entender así el aspecto esencialmente relacional de la identidad del sacerdote» (P.D.V., 12).

Desafortunadamente, en el caso del sacerdote diocesano, muy frecuentemente se ha interpretado este sentido de comunión, únicamente en términos de la función que éste desempeña como centro al servicio de la comunidad parroquial, excluyéndose, en la práctica, la necesidad psicológica básica que experimenta el sacerdote de vivenciar una interacción cálida y afectuosa con las personas significativas que lo rodean, y que resulta esencial para mantener un equilibrio afectivo satisfactorio en su vida ministerial.

A este respecto, el padre Aschenbrenner sugiere, en el artículo mencionado, la exigencia de un balance entre una soledad apacible y una interacción afectuosa, como la fórmula requerida para que la persona célibe pueda experimentar una auténtica paz y satisfacción en su vida a nivel psicosexual. «Aunque la raíz de la identidad celibataria», explica el padre Aschenbrenner, «consiste en un compañerismo con Dios, caracterizado por un tipo especial de soledad, también una vida y una fe corporativas resultan esenciales para un servicio dedicado dentro del contexto del celibato. Puede concebirse el que una persona célibe, aún reconociendo su necesidad crítica por la oración contemplativa, que regularmente mantenga en foco su fe celibataria, debiera orar menos para estar más involucrada con la comunidad de manera que su celibato se mantenga vivo y entusiasta en aras del servicio» (Aschenbrenner, 1985, p. 30).

Por lo tanto, es dentro del contexto de una interacción afectuosa y un sentido válido de pertenencia con quienes lo rodean donde el sacerdote, que ha abrazado libre y conscientemente el celibato, podrá asumir sanamente todo el caudal energético que le aporta su vida afectiva y sexual, para canalizarlo hacia la realización del propósito altamente significativo que le ofrece su servicio ministerial, particularmente en su sentido de comunión.

3. EL SENTIDO DE GENERATIVIDAD SACERDOTAL

Todo lo expresado hasta aquí en cuanto a los sentidos de misterio y de comunión, inherentes a la identidad personal y comunitaria del sacerdote, encuentra su plena realización al considerarse, finalmente, el sacerdocio en su «sentido de misión». Se afirma en la "Lineamenta", antes citada que, «...los sacerdotes están así llamados a la misión». Si algunos son preparados especialmente para situaciones y tareas misioneras específicas, a todos se les pide servir a la obra misionera, en virtud misma de su ordenación. Su primera función es, en efecto, anunciar el Evangelio de Dios a todos los hombres y «extender la fe»... Todos ellos sacerdotes diocesanos y religiosos, son solidarios en el anuncio del Evangelio y «deben llevar en el corazón la preocupación por todas las Iglesias» (Lineamenta, 14).

Esta tercera dimensión, directamente correlacionada con la generatividad propuesta por Erikson, sin constituir uno de los elementos primarios sobre los que se fundamenta la madurez en la persona adulta, como lo son el sentido de identidad y de intimidad personales, sí se constituye en un elemento esencial que permite la plena realización de la persona, en este caso del sacerdote, dentro del contexto de su sentido específico de misión. El padre Aschenbrenner lo expresa con las siguientes palabras: «De acuerdo a la visión del desarrollo humano de Erikson, la etapa adulta de la generatividad se hace efectiva sólo cuando las etapas inmediatamente anteriores de la identidad y la intimidad se mantienen vivas (y actualizadas). Consecuentemente, cuando el ministerio de una persona célibe, que de previo había sido gozosamente generativo, parece desinflarse, ésta no es necesariamente una indicación de que debe realizarse un cambio de ministerio. Puede ser que la persona se encuentre tan excesivamente ocupada, que su identidad contemplativa (i.e., a solas con Dios) haya caído en la vaguedad, y las relaciones en comunidad no sean lo suficientemente íntimas, con el resultado inevitable de que un ministerio previamente percibido como generativo deja de ser retante y disfrutable. Sin una clara identidad, compartida íntimamente a nivel comunitario, la generatividad no puede sostenerse ni mantener su impacto en el corazón de la persona célibe» (Aschenbrenner, 1985, p. 33).

El celibato, por lo tanto, alcanza su completa madurez cuando la persona, que lo ha asumido libre y conscientemente como parte de su identidad sacerdotal, con un deseo auténtico de redirigir toda su energía afectiva hacia un objetivo distinto del de la intimidad sexual y la procreación, aunque siempre dentro del contexto de una interacción afectuosa con quienes lo rodean, lo interpreta finalmente como su opción, fundamental y significativa, de realizarse existencialmente en la vivencia de su ministerio sacerdotal.

**CUADRO N° 1
CONCEPTOS QUE CARACTERIZAN LA MADUREZ HUMANA**

| | | |
|---------------|--|---|
| IDENTIDAD | SANA AUTO-ESTIMA | IDENTIDAD PSICOSEXUAL |
| | -Auto-imagen -Auto-valoración -Auto-confianza -Auto-control | -Cognitiva -Emocional -Social -Moral |
| INTIMIDAD | CAPACIDAD DE DAR Y RECIBIR AFECTO | MUTUALIDAD PSICOSEXUAL |
| | -Empatía -Respeto -Autenticidad | |
| GENERATIVIDAD | BUEN MANEJO DEL ESTRES | INTEGRACIÓN PSICOSEXUAL |
| | -Objetivar -Controlar -Interpretar | |

**CUADRO N° 2
CONCEPTOS QUE CARACTERIZAN LA MADUREZ SACERDOTAL**

| | | |
|---------------|--|--|
| IDENTIDAD | SENTIDO DEL MISTERIO (Configuración con Cristo) | CELIBATO como opción CONSCIENTE y LIBRE, en el contexto de una SOLEDAD APACIBLE |
| INTIMIDAD | SENTIDO DE COMUNIÓN (Vivencia eclesial plena) | CELIBATO como CANALIZACIÓN sana de la AFECTIVIDAD, en el contexto de una INTERACCIÓN AFECTUOSA |
| GENERATIVIDAD | SENTIDO DE MISIÓN (Celo por el servicio ministerial y la evangelización) | CELIBATO como opción FUNDAMENTAL y SIGNIFICATIVA, en el contexto de un PROPÓSITO VITAL existencialmente realizante. |

EL ACOMPAÑAMIENTO DE LOS SACERDOTES JÓVENES. UNA EXPERIENCIA

Rev. Franco Brovelli, Rector del Instituto Sacerdotal María Inmaculada, Milán

En el marco amplio y articulado de la Exhortación Apostólica Pastores dabo vobis, el capítulo conclusivo («Te recomiendo que reavives el don de Dios que está en ti»), está enteramente dedicado a «La formación permanente de los sacerdotes». En los nn. 76-77 se traza, con conocimiento y fuerza, un sugestivo esbozo para «cualquier edad y situación de vida»: «La formación permanente, precisamente por ser "permanente" debe acompañar a los sacerdotes siempre, esto es, en cualquier período y condición de vida, así como también a todo nivel de responsabilidad eclesial...» (n.76). Y a propósito de la etapa inicial del ministerio afirma:

«La formación permanente es un deber ante todo, para los sacerdotes jóvenes y ha de tener aquella frecuencia y programación de encuentros que, a la vez que prolongan la seriedad y solidez de la formación recibida en el seminario, lleven progresivamente a los jóvenes presbíteros a comprender y vivir la singular riqueza del "don de Dios" -el sacerdocio- y a desarrollar sus potencialidades y aptitudes ministeriales, también mediante una inserción cada vez más convencida y responsable en el presbiterio, y por lo tanto en la comunión y corresponsabilidad con todos los hermanos.

Si bien es comprensible una cierta sensación de "saciedad", que ante posteriores momentos de estudio y de reuniones puede afectar al joven sacerdote apenas salido del seminario, ha de rechazarse, como absolutamente falsa y peligrosa, la idea de que la formación presbiteral concluya con su estancia en el seminario.

Participando en los encuentros de la formación permanente, los jóvenes sacerdotes podrán brindarse una ayuda mutua, mediante el intercambio de experiencias y reflexiones sobre la aplicación concreta del ideal presbiteral y ministerial que han asimilado durante los años del seminario. Al mismo tiempo, su participación activa en los encuentros formativos del presbiterio podrá servir de ejemplo y estímulo a los otros sacerdotes de mayor edad, testimoniando así el propio amor a todo el presbiterio y su afecto por la iglesia particular necesitada de sacerdotes bien formados.

Para acompañar a los sacerdotes jóvenes en esta primera delicada fase de su vida y ministerio, es más oportuno que nunca, e incluso necesario hoy, crear una adecuada estructura de apoyo, con guías y maestros apropiados, en la que puedan encontrar, de manera organizada y continua, las ayudas necesarias para comenzar bien su ministerio sacerdotal. Con ocasión de encuentros periódicos, suficientemente prolongados y frecuentes, vividos si es posible en un ambiente comunitario y residencial, se les garantizarán buenos momentos de descanso, oración, reflexión e intercambio fraterno. Así será más fácil para ellos dar desde el principio una orientación evangélicamente equilibrada a su vida presbiteral. Y si algunas iglesias particulares no pudieran ofrecer este servicio a sus sacerdotes jóvenes, sería oportuno que colaborasen entre sí las iglesias vecinas para juntar recursos y elaborar programas adecuados».

Las notas que siguen se sitúan precisamente a este nivel. Refiriéndome a la experiencia que estoy viviendo desde fines de 1986 como responsable del ISMI (= Instituto Sacerdotal María Inmaculada), estructura que en la diócesis de Milán acompaña a los sacerdotes jóvenes durante los cinco primeros años del ministerio, me propongo exponer el método, estilo y finalidad que han orientado un servicio de este tipo; al hacerlo, por otra parte, me

siento en conexión directa con los puntos relevantes que el documento anteriormente citado destaca con claridad¹.

1. El cuadro y los diversos itinerarios

La dimensión muy vasta de la diócesis de Milán (se extiende sobre el territorio de cinco provincias de la Lombardía, con una población superior a los 5 millones de habitantes, 1144 parroquias distribuidas en 73 decanatos que integran 7 zonas pastorales y 2283 sacerdotes diocesanos) impone necesariamente un trabajo organizado. Sabiendo que en estos años el promedio de ordenaciones sacerdotales asciende a alrededor de 30 por año, se ha manifestado especialmente oportuno y eficiente el criterio de continuar a privilegiar - aunque no de un modo rígido, como aparecerá más claramente en estas páginas- la subdivisión por clases de ordenaciones².

En cuanto a los ritmos, en el primer año está previsto un momento residencial de casi dos días semanales (desde la cena del lunes hasta el almuerzo del miércoles, durante un período de veinte semanas comprendidas entre octubre y mayo); en los cuatro años restantes se prevén en cambio 8/9 días residenciales entre octubre y mayo (desde la cena del miércoles hasta la cena del jueves).

En el curso de un quinquenio pensado con estos ritmos, los itinerarios de cada grupo presentan rasgos específicos, y asimismo, como es obvio, muchas analogías. El primer año, particularmente, presenta una fisonomía singular: apunta a favorecer en primer lugar la inserción en el ministerio y a acompañar el primer impacto con las responsabilidades y los ritmos requeridos por las condiciones de la comunidad a la que el joven presbítero ha sido enviado (en la diócesis casi todos, salvo alguno destinado a los estudios, inician su ministerio en parroquias, con el encargo prioritario de la labor pastoral con niños, adolescentes y jóvenes). Alternando tiempos de oración, de descanso, de diálogo, de trabajo personal, se crea un espacio propicio también para una reflexión en común, organizada sobre diversas áreas y desarrollada, en general, con la ayuda de expertos (laicos y pastores): la revisión "ponderada" del ministerio que se está viviendo (guía de la comunidad, presidencia de la plegaria litúrgica, ministerio de la Palabra); una atención específica a los ámbitos dentro de los que se sitúan primordialmente las responsabilidades pastorales del joven sacerdote (oratorio, pastoral juvenil en su conjunto, escuela...); un esfuerzo de interpretación de algunos aspectos relevantes de la evolución de la sociedad civil que inciden en las costumbres de vida y en la mentalidad de la gente, en fin, el diálogo sobre experiencias de vida pastoral y sobre temática de actualidad, ya sea eclesial o civil.

En la práctica la experiencia ha ayudado a incluir una posible y natural especificidad del segundo año: éste, en efecto -tras un conocimiento global de la comunidad- encara el encaminamiento efectivo del trabajo pastoral programado para tiempos prolongados, y requiere, juntamente, una primera reorganización global de la propia vida para ajustarla a una situación radicalmente nueva.

En esta perspectiva, nos hemos visto ayudados a encontrar momentos de profundización y de verificación en una doble dirección: por una parte, elaborando las condiciones y coordinaciones para construir un proyecto pastoral para un camino comunitario; por la otra, reflexionando sobre los ritmos y modalidades de vida impuestos por la nueva responsabilidad, de modo de ayudarse a construir una adecuada experiencia de unidad, no obstante el cuadro de fragmentación dentro del cual nos movemos.

Durante el tercer y cuarto año a todos nos pareció natural, después de un amplio intercambio de pareceres, la atención que ha de prestarse a algunos puntos temáticos considerados particularmente significativos, para encararlos luego con la ayuda de maestros, pero asimismo con el compromiso personal de todos: sea en lo que se refiere propiamente a la pastoral (temas debatidos han sido por ejemplo, la acción pastoral en las parroquias, la educación de los jóvenes a la fe y las condiciones para la apropiación personal de la propuesta de vida cristiana, el itinerario pastoral de la diócesis, las problemáticas de la adolescencia...), sea en lo que respecta a una comunicación sapiencial relativa a los modos y al estilo de un continuo "devenir sacerdote" en un contexto pastoral y cultural como el de hoy, y a la experiencia espiritual que le está unida.

En el quinto año se continúa con esta orientación. Como rasgo específico se añade el amplio espacio concedido a la relectura global de la experiencia de todo el quinquenio, ya sea desde el punto de vista de la labor desempeñada en comunidad, ya al nivel de la progresiva apropiación personal del ministerio diocesano en una vivencia que lo exprese correctamente. Esta instancia de síntesis encuentra un espacio apropiado y amplio en la "semana residencial" conclusiva del camino del ISMI³ y su expresión valiosa en el encuentro personal con el Arzobispo⁴.

Como se intuye fácilmente, el camino común tiene su implantación teórica y sus referencias constantes; toma forma a través de un diálogo con "la base" que permite involucrar un poco a todos en la elección de la programación, asumiendo una fisonomía totalizadora por demás diversa de la escuela, de los cursos de actualización, de la profundización por sectores de la reflexión teológica⁵. Y parecería revelarse eficaz y grata: no repite el seminario, ni anticipa algunas expresiones de la formación permanente que serán habituales en los años sucesivos.

2. Conjunto de modos de expresión

Considero en extremo oportuna la invitación del documento post-sinodal anteriormente recordado, a privilegiar para los encuentros la forma residencial. Efectivamente, ésta favorece el que se puedan expresar múltiples posibilidades: no sólo el trabajo de escuchar y confrontar, sino también la plegaria en común, el descanso, el diálogo amistoso, y la "charla" informal. Si la reunión fuese sólo por pocas horas, p.ej., desde la mañana hasta la tarde, se empobrecería mucho su potencialidad y se reduciría inevitablemente a un encuentro, aunque éste también es útil.

Tras resaltar esto, quisiera asimismo señalar el doble "registro" para la comunicación que precede a la elección de los temas de trabajo. Por un lado, transita el sendero altamente alabado que privilegia los ámbitos propios de la labor pastoral, sus expresiones fundamentales, y enfoca algunos capítulos importantes que tocan de cerca el ejercicio del ministerio. Por otro lado, se cultiva una atenta reflexión sobre el ministerio en acto, y más particularmente, sobre nosotros mismos en cuanto comprometidos en el servicio del Evangelio.

Vengo comprobando continuamente cómo este último sendero, que podemos connotar como "sapiencial", hace emerger con fuerza la dimensión propiamente espiritual, cualifica la comunicación entre los presbíteros y torna productiva la labor común: prueba de esto es el hecho de que va aumentando la expectación de esta clase de encuentros y la participación se vuelve cada vez más profunda.

En este sentido, se revelan muy valiosos algunos momentos simbólicos vividos a lo largo del año con la participación conjunta de todos los grupos: algunos retiros espirituales con personalidades ricas en experiencia, la participación anual en los Ejercicios (distribuidos con la posibilidad de tres fechas distintas en el transcurso del año); los "tres días" de escucha de una experiencia espiritual importante. Esta última, especialmente, se configura con un momento fuerte, porque se la vive con el Arzobispo y bajo su guía: conduciéndonos a lugares significativos, nos dejamos interpelar por el mensaje espiritual que lo caracteriza, atendiendo a señalar la relación que pueda tener con la vida de quienes hoy ejercen el ministerio. Los considero como puntos de referencia valiosos y comunes vividos y retomados con frecuencia como etapas de gran resonancia a nivel personal y de grupo.

3. Conexiones múltiples e importantes

En el desarrollo de la labor de acompañamiento de los sacerdotes jóvenes, es siempre importante atender a un conjunto de conexiones que facilitan la relación de lo que la diócesis les propone autorizadamente y las personas y situaciones particularmente importantes para el ejercicio de su ministerio.

En efecto, estoy convencido de que debe evitarse toda forma, y hasta la mera impresión, de aislamiento de la labor del ISMI del conjunto de la diócesis y del presbiterio en particular. De hecho, lo que se realiza con los sacerdotes jóvenes no puede concebirse como un capítulo aparte, casi como si fuese una iniciación "secreta"; por el contrario forma parte de una más extensa atención a la diócesis. La preferencia del Obispo por designar un responsable que le dedique todo su tiempo -ahora me ayuda otro sacerdote a causa del continuo aumento de trabajo en una diócesis como la nuestra- se inscribe sobre este fondo. Algunos aspectos en particular, me parecen especialmente relevantes al respecto.

Ante todo la colaboración directa que se establece entre los responsables y cada una de las comunidades dentro de las cuales trabajan los sacerdotes jóvenes. Efectivamente, para un sacerdote que se inicia la relación fundamental es aquella que se establece en este ámbito: sobre todo con el párroco (y con otros presbíteros cuando se trata de parroquias o comunidades muy populosas), con los colaboradores laicos, con los responsables del decanato y con la gente en su conjunto. Por nuestra parte hemos establecido una forma de colaboración que permita un diálogo continuado y una confrontación⁷: encuentros con los párrocos, jornadas transcurridas en la parroquia para predicar o animar momentos de estudio o de retiro, coloquios personales...

Igualmente, se mantiene una vinculación constante con los educadores del Seminario. Los modos de realizarlo son diversos y complementarios entre sí: desde la posible presencia de los educadores en las diversas ocasiones de encuentro, al diálogo fecundo con los sacerdotes jóvenes (por ejemplo, al finalizar el primer año o al término del quinquenio) sobre el ciclo formativo leído a la luz del impacto con el ministerio, para favorecer así útiles "retornos"; y hasta algunos momentos de síntesis que, como responsables de la formación, vivimos regularmente con el equipo educativo del Seminario. Hay luego un terreno directo en el que se manifiesta significativamente esta vinculación: el de la pastoral vocacional, que en nuestra diócesis ha asumido formas variadas muy estimulantes; sea porque los sacerdotes jóvenes se afirman habitualmente sobre la propuesta formulada por el propio Seminario, sea porque en general se esmeran en acompañar los caminos vocacionales de los niños y de los jóvenes.

La extensión de la diócesis exige además una atención especial a las relaciones más "institucionales" entre los responsables del ISMI, el obispo y sus colaboradores inmediatos. También en este sector la experiencia va madurando la oportunidad de algunas atenciones específicas: desde el trato directo con el Arzobispo y el Vicario General, hasta la colaboración con los Vicarios episcopales de las siete zonas pastorales (facilitado por el hecho de que el Rector del ISMI participa normalmente en los encuentros semanales del Consejo episcopal y en el de los Vicarios), y la vinculación con los responsables de aquellas obras e iniciativas diocesanas (Caritas, pastoral juvenil, comisión catequística, comisión para la familia, escuelas para agentes pastorales y de formación socio-política...) más directamente relacionadas con los ámbitos del ministerio en los que trabajan los sacerdotes jóvenes.

El mayor beneficio que reportan estas relaciones se sitúa a un nivel de indiscutible importancia. El joven puede percibir que es en verdad conocido y acompañado personalmente: ya sea por la relación personal que se establece, ya porque se siente situado en la trama de referencias constitutivas de su labor como sacerdote diocesano. Veo la posibilidad concreta de que todo esto puede realizarse de modo de mantener el equilibrio entre la confianza y la discreción necesarias para una relación personal, por una parte, y por la otra el realismo de saber mantenerse en diálogo con el contexto concreto de la vida diocesana y de quienes tienen autoridad para conducirla.

4. El conjunto del presbiterio

Prosiguiendo en esta misma dirección, se manifiesta lo oportuno que es el cuidado que la diócesis debe prestar a la coordinación entre la atención a los sacerdotes más jóvenes y la preocupación más global y amplia de la "formación permanente" de todo el presbiterio diocesano. Estoy plenamente convencido de que el hecho de ser sacerdote hoy merece un conjunto de atenciones precisas y pertinentes por parte de la diócesis: parece lógico, pues, que la etapa inicial del ministerio tenga rasgos particulares que legitiman ampliamente la dispensación específica de recursos. No puedo ahora detenerme en ilustrar la forma que va tomando en la diócesis la propuesta totalizante de formación permanente del clero⁸.

Me limito a algunas indicaciones acerca de los modos en que se traduce esta atención a todo el presbiterio, a través de opciones de trabajo en la programación de la labor del ISMI. Un nivel primario, pero no por esto menos importante, es el que se empeña en articular toda su propuesta formativa con modalidades y ritmos objetivamente compatibles con un arraigamiento serio y continuado de los jóvenes sacerdotes en la vida de la comunidad a la que están destinados, en las estructuras pastorales del decanato y de la zona, en el más amplio proyecto pastoral de itinerario diocesano.

De nuestra parte es conveniente valorizar la actividad de algunas instituciones especialmente importantes (piénsese, en particular, en la sede central de la Facultad Teológica de Italia septentrional, en la Universidad Católica del Sagrado Corazón)⁹.

Un nivel ulterior y más decisivo es el vinculado con la calidad de la propuesta formativa en cuanto tal; si su primer objetivo está constituido por la atención del ejercicio concreto del ministerio hoy, y sólo secundariamente al hecho de que quienes lo ejercitan sean sacerdotes jóvenes -en el caso del ISMI, los jóvenes que se inician en el sacerdocio- la garantía de continuidad con la prolongación de la labor formativa para el presbiterio se hace realmente estimable¹⁰. Un pasaje de la homilía de nuestro Arzobispo con ocasión del Jueves Santo de 1992 comentando la Pastores dabo vobis, lo expresa con claridad: «Estoy seguro de que la

atención a los primeros años del ministerio -tan recomendada por la exhortación del Papa- será interpretada por todos como atención simbólica a todo el ministerio, no como un privilegio de pocos sino como estímulo y posibilidad de gracia para todos. De hecho, vivir la acogida a los sacerdotes más jóvenes es para un presbiterio ocasión singular de renovación, que remite gozosamente a las raíces del ministerio. No perjudica por tanto a la unidad de la formación, porque sus frutos son así accesibles a todos y porque en los decanatos las tareas refluyen sobre todos»¹¹.

Efectivamente, la línea rectora que inspira la reciente orientación diocesana programada tratando de conjugar armoniosamente la atención a la edad y a los papeles de los presbíteros, pone de manifiesto que es realmente transitable el camino de una atención al conjunto del presbiterio, con la innegable ventaja de proyectos de formación más específicos y precisos¹².

5. Sentido y finalidad

He dejado intencionalmente para el final estas alusiones sintéticas que hubieran merecido el primer lugar. Pienso efectivamente que la descripción que he hecho, aunque sobria y esencial, ayuda a comprender mejor qué invierte la diócesis -en cuanto a recursos y esperanzas- en la actividad del ISMI.

Desde los primeros pasos en el lejano 1953, fue cobrando forma progresivamente, por impulso de maestros autorizados (recuerdo a los tres rectores que me precedieron, mons. Giulio Oggioni, mons. Angelo Mascheroni, mons. Luigi Serenthà). El sínodo diocesano XLVI en 1972 -que precede inmediatamente al que está en curso en estos meses- sintetiza así su fisonomía: «El ISMI tiene el cometido de perfeccionar la formación recibida en el seminario, de guiar la inserción progresiva de los mismos presbíteros en la actividad pastoral y de identificar las aptitudes propias de cada uno, con el fin de prepararlos mejor para las diversas especializaciones del ministerio» (Cost. 39).

El camino ha continuado coherentemente con estas perspectivas, pero procurando adaptarse a las novedades propias de la evolución cronológica de nuestro tiempo: en el aspecto institucional, por ejemplo, recuerdo sólo que se añadió el itinerario seminarístico en sexto año, que anticipaba muchos de los temas de estudio de los programas del ISMI. Por otra parte, la experiencia está mostrando que el continuar poniendo (y en lo posible incrementando) gran atención a los años iniciales del ministerio, constituye, sin duda, una opción sabia. Puntualizando sistemáticamente la experiencia que estoy viviendo, escribía hace poco unas palabras que cada día considero más verdaderas:

El sentido general del ISMI parece ser más bien el de ofrecer la experiencia de un modelo significativo de formación para el clero. Desde este punto de vista si los ritmos y las modalidades están pensados para acompañar a quien se encuentra solo al comienzo del ministerio, el proyecto como tal, en la variedad de sus expresiones, radica primordialmente en el ser presbítero, y sólo subordinadamente en el ser presbítero joven. Por lo tanto la estructura no tiene como fin primordial la custodia o tutela, sino que procura más bien estimular, promover una exigencia de formación, favorecer la verificación personal, para que el ministerio presbiteral se realice según las coordinadas más objetivas y profundas y no se exponga a los riesgos de la arbitrariedad y del subjetivismo descontrolado, se configure según ritmos prudentes y armoniosos de vida personal y comunitaria.

Creo que todo esto revela la fisonomía de una Iglesia y de un presbiterio cuidadosos de aquellos que dedican todo su tiempo al servicio del Evangelio, porque nace del aprecio por

el don que el Señor hace a la comunidad entera a través de la llamada a los jóvenes al ministerio ordenado, porque sabe también afrontar el esfuerzo para traducirlo hoy en modalidades que mantengan viva una tradición rica que se trasmite por herencia; y porque no evita afrontar los peligros de las exigencias nuevas provenientes de un contexto en radical transformación»¹³.

NOTAS:

¹ He retomado un primer enfoque, acompañado de una serie de reflexiones de ámbito más amplio, en la intervención Jóvenes sacerdotes hoy. Para ayudar al diálogo, «La Rivista del Clero italiano» 72 (1991), n.11, 724-753.

² En detalle: 30 en 1982; 27 en 1983; 27 en 1984; 35 en 1985; 29 en 1986; 43 en 1987; 46 en 1988; 10 en 1989 (a causa de la introducción del sexto año de teología); 32 en 1990; 34 en 1992; 38 en 1993; o sea 381 presbíteros en total.

³ Se está revelando acertado realizar esta semana residencial en una casa situada en una iglesia local diferente de la nuestra: programada para cierto tiempo, facilita la reflexión de síntesis acerca del camino recorrido y posibilita un encuentro fecundo con personas, lugares y experiencias que inducen al diálogo con la andadura de otra diócesis.

⁴ Durante el sexto año de teología, todos los diáconos ya han tenido, de a grupos reducidos, unos días de convivencia con el Arzobispo, en su casa; este reiterado "llamado" es el coronamiento de la fase de puesta en marcha del ministerio.

⁶ Para ayudar a comprender mejor: en Asís la experiencia de Francisco ha sugerido una confrontación con el sermón de la montaña; la Camaldula ha favorecido la reflexión sobre el tema de la unidad de vida que se halla en el corazón de la experiencia monástica; Ars (y Taizé) sobre el itinerario de una posible transfiguración del ministerio; Loyola provocó la escucha de cómo Dios forma sus guías para tiempos difíciles en la perspectiva de la experiencia espiritual de Ignacio. Próximamente, en cambio, el contexto se relacionará con la figura de María.

⁷ Quisiera señalar en particular, la fecundidad de una iniciativa que he visto realizar en cada una de las siete zonas pastorales: un encuentro presidido por el Vicario general y el Vicario episcopal de la zona, entre los responsables del ISMI y todos los sacerdotes del primer quinquenio, sus párrocos y decanos (algunos folletitos de la colección «Aspetti di vita», de la que se hablará más adelante, son el eco fiel). Después de cuatro años de experiencia, veo que esta oportunidad ayuda a mantener viva una mentalidad de colaboración y un tipo de atención a aspectos particularmente importantes en el itinerario pastoral y espiritual.

⁸ Para una visión de conjunto puedo sólo remitir a la carta del Arzobispo para el Jueves Santo de 1992: C.M.Martini, *Il tesoro dello scriba. La formazione permanente del presbitero*. Centro Ambrosiano, Milán 1992. El amplio *Appendice (27-45)* firmado por el Vicario general y por la Junta diocesana para la formación permanente del clero, presenta con detalle el cuadro de «Formación permanente del clero» propuesta a todo el presbiterio.

⁹ Algunas determinaciones más precisas permiten la concreta realización de este criterio de conjunto: recuerdo, por ejemplo, la disposición de no hacer iniciar más, durante el primer año de ministerio la enseñanza de la religión católica en la escuela (en cambio son bastante numerosos los sacerdotes que comienzan esta experiencia en el segundo año, generalmente en el territorio de su parroquia); la no superposición entre las actividades del ISMI y los encuentros del decanato; la limitación del número de horas de enseñanza semanal a una medida compatible con el conjunto de compromisos del ministerio...

¹⁰ Se inscribe sobre todo dentro de esta lógica la opción de dar vida también a algunas publicaciones sobre las actividades del ISMI; de este modo se favorece el conocimiento y la colaboración de muchos otros presbíteros, tanto más porque están siendo, de hecho, bien acogidas. Me parece útil citar los títulos de los volúmenes publicados hasta ahora por la editorial Ancora de Milán, subdivididos en tres colecciones:

- Testi spirituali:

1. L. SERENTHA, *Il Regno di Dio è qui. Il discorso della montagna*, 1988.
2. C.M. MARTINI, *Coenae Tuae Itinerario sacerdotale*, 1988.
3. C.M. MARTINI, *Paolo nel vivo del ministero*, 1989.
4. R. CORTI, *A servizio dell'Alleanza. Meditazioni sul ministero presbiterale*, 1990.
5. C.M. MARTINI, *Il Vangelo alle sorgenti. Meditando ad Assisi il Discorso della Montagna*, 1990.
6. Aa.Vv., *Dalla dispersione all'unità. L'esperiezia monastica interroga il cristiano*, 1991.

7. P. STANCARI, I passi di un pellegrino. I Canti delle ascensioni (Salmi 120-134), 1992.
 8. Aa. Vv., Nel mistero della Trasfigurazione. Giornate di spiritualità ad Ars e Taizé, 1992.
 9. Aa. Vv., Guide nel deserto. Mosè, Pietro, Ignazio e... noi, 1993.
- Contributi l'azione pastorale:
1. Aa. Vv., Scommessa sulla parrocchia. Condizioni e percorsi dell'azione pastorale, 1980.
 2. Aa. Vv., Educare i giovani alla fede, 1990.
 3. Aa. Vv., Percorsi di Chiese. Un cammino pastorale: Milano 1980-1990, 1990.
 4. C.M. MARTINI e Collaboratori, Il Vangelo per la tua libertà. L'itinerario vocazionale del «Gruppo Samuele», 1991.
 5. F. BROVELLI (a cura di), Comunità cristiana: la cura per ragazzi, adolescenti e giovani. L'Oratorio oggi, 1991.
 6. F. BROVELLI - G. BUSANI - R. TAGLIAFERRI, L'iniziazione cristiana oggi. Riflessioni dall'esperienza, 1992.
 7. Aa. Vv., Il seme e la terra buona. Giovani e fede: per un cammino di «appropriazione», 1993.
- Aspetti di vita:
1. R. CORTI - F. BROVELLI, Servire insieme il Vangelo. La condivisione del lavoro pastorale da parte dei presbiteri, 1990.
 2. R. CORTI, In dialogo con giovani preti, 1991.
 3. R. CORTI - G. GIUDICI - F. BROVELLI, Lo sguardo sulla Chiesa. Un presbiterio che «rende visibile la Chiesa universale», 1991.
 4. C.M. MARTINI, «Camminare sulla seta». La comunicazione nel ministero pastorale, 1991.
 5. G. GIUDICI - F. BROVELLI - F. GALLIVANONE, Divenire apostoli. Note sull'esercizio del ministero oggi, 1992.
 6. G. GIUDICI - F. BROVELLI - F. GALLIVANONE, Tra memoria e consegne. Al cuore della vita apostolica, 1993.
 7. F. BROVELLI, Camminare nella luce. Dialogo sulla vita del prete oggi, 1993 (in preparazione).
- ¹¹ C.M. MARTINI, Il tesoro dello scriba..., cit., p.18.
- ¹² Remito al Appendice di cui alla nota 7 (in particolare, alle pp. 33-42).
- ¹³ F. BROVELLI, Preti giovani oggi..., cit., pp. 733-733.

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA DEL SACERDOTE

Antonio Bravo, España

«Comunicación» de Antonio Bravo en el Congreso de Espiritualidad sacerdotal organizado por la C.E. del Clero de la Conferencia Episcopal Española y celebrado en Madrid del 11-15 de Setiembre de 1989.

Publicado en Espiritualidad Sacerdotal. Congreso. C:E: del clero.

Edicee (Ed. de la C:E: Española) 1989. Madrid.

INTRODUCCIÓN

El tema de la Palabra de Dios en la vida del sacerdote es capital para su espiritualidad. Como cooperador del Orden episcopal, el sacerdote ha sido escogido para el Evangelio de Dios (Rm 1,1). Este Evangelio lo engendra y lo estructura incesantemente, tanto en su existencia como en su servicio apostólico.

Siguiendo las huellas de los apóstoles y de los profetas, el sacerdote ha sido destinado a hacer obra de evangelizador (2Tm 4,5). Ha de velar y trabajar para que la Palabra de Cristo habite con toda su riqueza (Col 3,16), en los miembros del pueblo de Dios. Seducido y agarrado por la Palabra, el ministro del Evangelio deberá adecuar su vida al dinamismo de Aquélla. La existencia apostólica y profética, por la fuerza del Espíritu que se ha posesionado de unos hombres concretos, se convierte en palabra que interpela de parte de Dios al creyente.

La plenitud de este proceso de simbiosis entre el mensajero y la Palabra la encontramos en Jesús de Nazaret. Por virtud de la Encarnación y de su obediencia filial, su existencia es la Palabra definitiva y última de Dios al hombre. El mensajero es el mensaje. Él es la Palabra. Habla lo que ha visto donde su Padre (Jn 8,38). Con autoridad y libertad reclama ser escuchado y creído. El que es de Dios, escucha las palabras de Dios: vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios (8,47).

El sacerdote, al dirigirse a los hombres, en nombre de Dios, reclama también de ellos la escucha creyente. Ha de recordar, en consecuencia, que su misión no consiste en enseñar su propia sabiduría, sino la Palabra de Dios (P.O.4). Y esto solamente es posible, en la medida que consentimos al designio de Dios, expresado en la oración de Jesús: Conságralos en la verdad: tu Palabra es verdad (Jn 17,17).

Esta consagración, participación en la santificación y envío del Hijo al mundo en la condición de Siervo y Pastor (cf. Jn 10,36), exige de los presbíteros un esfuerzo de recepción de la Palabra que proponen a la fe de los oyentes: Como ministros que son de la palabra de Dios, diariamente leen y oyen esa misma palabra de Dios que deben enseñar a los otros. Esforzándose por recibirla en sí mismos, se harán cada día discípulos más perfectos del Señor (P.O. 13). La dimensión apostólica y profética del sacerdocio ministerial postula de los sacerdotes la comunión con las actitudes del Siervo de Yahvéh, tal como Isaías nos lo presenta:

El Señor Yahvéh me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora.

Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos: El Señor Yahvéh me ha abierto el oído (Is 50,4-5).

La Palabra del Siervo brota de la escucha y es palabra de discípulo, capaz de comunicar vida y esperanza. Yo no he hablado por mi cuenta, nos dirá Jesús, sino que el Padre me ha enviado, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar... Por eso las palabras que yo hablo las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí (Jn 12,49-50). Yo hablo lo que he visto donde mi Padre (Jn 8,38; cf. 3,11). Los apóstoles, haciéndose discípulos de la Palabra, han llegado a ser sus testigos y servidores en la historia. De ahí su autoridad y libertad para solicitar una adhesión de fe y conducir a los hombres a la obediencia de la fe. Con la Palabra edificaban al pueblo santo. Y, como discípulos, vivían el combate del Siervo para implantar por la Palabra el derecho de las naciones. Los sacerdotes han sido puestos a parte para proclamar esta Palabra de vida y conducir a los hombres y a los pueblos a la obediencia de la fe. Por ello no pueden anunciar su sabiduría o limitarse a predicar una nueva ética. Han de anunciar la Palabra que recrea para las buenas obras (cf. Ef 2,10).

Antes de pasar a desarrollar estos aspectos, conviene recordar que la Palabra de Dios nos llega en la Tradición eclesial por la acción del Espíritu; y que toda oposición entre palabra y sacramento no puede provenir sino de una comprensión sesgada de la Palabra de Dios. En efecto, la Palabra viva y operante de Dios engendra al pueblo de la Nueva Alianza, actuando en la predicación y en el sacramento de manera complementaria. Cristo, la Palabra de Dios hecha carne, actúa en el sacramento y está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla (S.C. 7). Al alimentarnos y alimentar al pueblo profético de la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo (V.D. 21), no cesamos de hacerlo del único Verbo de Dios. Por ello vamos de la Palabra al sacramento y del sacramento a la Palabra, a fin de que Cristo habite por la fe en nuestros corazones y lleguemos hasta la total plenitud de Dios (cf. Ef 3,17-19).

Tanto al dispensar la palabra apostólica como el sacramento, los presbíteros han de superar la tentación del funcionalismo o de la pura exterioridad. Vivir de la Palabra y para la Palabra, es tremendamente exigente. En la entrega de la Palabra, el presbítero ha de entregarse él mismo: Amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser (1Ts 2,8). De esta manera el apóstol, en la predicación de la Palabra, se proclama servidor de la comunidad: No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús (2Co 4,5).

Teniendo en cuenta estos presupuestos, que merecerían, sin duda, desarrollos ulteriores, pasamos ahora a estudiar sus consecuencias para una espiritualidad sacerdotal. Como se me indicaba, al pedirme esta comunicación, me centraré en la relación existencial de la vida del sacerdote con la Palabra de Dios, tal como ésta sale a su encuentro de manera privilegiada en las Escrituras.

I. LA ESCUCHA DEL DISCÍPULO

No basta con ser oyentes de la Palabra, hay que recibirla como discípulos. «No os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos... El que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése practicándola, será feliz» (St 1,21-25).

El discípulo la recibe, ante todo, no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en él (1Ts 2,13). Esta palabra de verdad (St 1,18) tiene poder para engendrar a la vida de Dios a quienes la acogen en la obediencia de la fe. «Habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de

la Palabra de Dios viva y permanente... Y esa es la Palabra, la Buena Nueva anunciada a vosotros» (1P 1,22-25).

El discípulo no investiga las Escrituras para servirse de ellas, sino para dejarse recrear por la Palabra. Jesús, dirigiéndose a los judíos, que creían tener vida eterna en las Escrituras, les dirá: Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su Palabra en vosotros, porque no creéis al que Él ha enviado (Jn 5,37-38). Los judíos se habían apropiado las Escrituras, dejando de ser sus discípulos. Como lo explica San Ireneo, inspirándose en el pasaje de los discípulos de Emaús, sólo la Palabra hecha carne, es el intérprete de las Escrituras. Leer las Escrituras es hacerse discípulo del Verbo de Vida y de Verdad. Nos acecha siempre la tentación de reducir las Escrituras a un libro o a una simple memoria colectiva de un pueblo, que pudiéramos interpretar según la razón humana. La gnosis orgullosa y mentirosa crea su propia verdad, aunque invoque las Escrituras. Ahora bien, el discípulo espiritual deja que sea el Verbo de Dios quien le explique las Escrituras, tal como el Espíritu no cesa de hacerlo en la Tradición apostólica. Es Jesús el único revelador y exégeta del Padre. Y sólo el discípulo que vive en comunión con Jesús y sus apóstoles puede entrar en la inteligencia y vida de las Escrituras.

Escuchar como los discípulos comporta:

1. Reconocer la prioridad absoluta de la Palabra

El Evangelio de S. Juan subraya de múltiples formas esta prioridad absoluta de la Palabra. En el principio existía la Palabra (1,1). No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto y un fruto que permanezca (15,16). La Palabra nos conoce antes que nosotros la oigamos y acojamos (cf. Jn 1,48). El discípulo no puede indicar a la Palabra la dirección de su movimiento, sino que ha de marchar detrás (cf. Mt 16,22-23).

«Mañana tras mañana» despierta el Señor el oído del discípulo, que debe caminar sin resistencias y con prontitud. El discípulo ha de saber que es el Padre quien le conduce hasta su Verbo (cf. Jn 6,44), y no la carne o la sangre; que es la Iglesia apostólica la que nos transmite esta Palabra de vida (cf. Jn 1,1-5), y no otros mensajeros o doctores.

La actitud primordial del discípulo, en consecuencia, consiste en reconocer esta iniciativa absoluta de la Palabra que, proveniente de Dios, conoce, elige, llama y marca el camino a seguir. María, prototipo del discípulo y de la Iglesia, nos recuerda cómo hemos de acoger esta sorprendente iniciativa de Dios en los acontecimientos (cf. Lc 2,19-51). Otra María, la hermana de Marta, «eligió la parte buena», pues, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra (cf. Lc 10,38-42). Lucas nos la presenta como modelo del discípulo, no porque haya que contraponer la contemplación a la acción, pues en la 7ª morada Marta y María van juntas, como apunta Santa Teresa, sino porque la acción en el discípulo ha de nacer de la escucha de la Palabra. Sólo ésta tiene poder para edificarnos y edificar según Dios. El sacerdocio del Nuevo Testamento se funda en la escucha obediente, pues como lo subraya San Pablo, el ministro no tiene poder sobre la verdad, sino sólo a favor de la verdad (2Co 13,8). Cristo instituyó a los Doce, en primer lugar para que estuvieran con Él (Mc 3,14). Antes de hacer resonar la Palabra en el mundo entero, han de escucharla y entrar en comunión de vida y destino con ella. Sólo así se convierten en sus testigos oculares y servidores. Y sólo en la comunión con ellos, el discípulo hará resonar de nuevo la Palabra entre los pueblos. Los mensajeros han de identificarse con el mensaje que los precede, configura y afirma ante el mundo.

2. La escucha del corazón

No basta con reconocer la prioridad absoluta de la Palabra. Hay que dejarla penetrar en el corazón, para que fructifique en la vida según sus virtualidades, insospechadas para el hombre. La Palabra de Dios es espíritu y vida (Jn 6,63), el discípulo escucha abriendo su corazón a la energía misma de Dios, que quiere salvar por la necesidad de la predicación (1Co 1,21).

Por la escucha del corazón el discípulo entra en diálogo vital con Alguien. En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos (D.V. 21). Este diálogo se sella con la entrega del discípulo a la Palabra y a su designio de salvación.

La inteligencia del corazón no busca ya controlar y dominar, sino que reconoce la autoridad y la libertad de la Palabra para dirigir su vida. De tal forma que el discípulo, despojándose de sí, ama la Palabra y la deja vivir en él. Así se cumple la promesa del Señor: Si alguno me ama guardará mi Palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Jn 14,23). Así actualiza el discípulo la experiencia del Apóstol: Y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo (Ga 2,20).

Por ello el discípulo vive con alegría y libertad. En la escucha del corazón no sólo oye la palabra, sino que también la ve y se siente habitado por ella. En él se actualiza la experiencia misma del Hijo.

Y porque deja fructificar esta Palabra en su corazón, la vida del discípulo se convierte en una Palabra actual de Dios a los hombres, aun antes de proclamarla. La alegría y la fecundidad apostólicas se juegan en la escucha del corazón. Con la sencillez del niño y con la audacia de los humildes de corazón, el discípulo contribuye al desarrollo de la Palabra viva y operante de Dios entre sus hermanos.

3. Discípulos de la Palabra en una Tradición

Dios toma la iniciativa. Él habla personalmente con cada uno de nosotros, pero lo hace siempre introduciéndonos en la Tradición. El diálogo de Dios con el hombre acontece siempre en la historia del Pueblo apostólico, fruto y portador de la Tradición divina.

La escucha de la Palabra, por tanto, aunque se realice en la interioridad del corazón, es siempre un acto comunitario y eclesial. La Palabra, que luce como lámpara en lugar oscuro, no puede interpretarse por cuenta propia; pues nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios (2P 1,19-21). La mediación de la Iglesia, columna y fundamento de la verdad (1Tm 3,15), es querida en todo momento por Dios. Somos discípulos en y de una Tradición (cf. Ef 3,8-10; 2Tm 1,12-14). El Concilio insiste en ella al afirmar: Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (D.V. 8). El don del Magisterio ha de ponerse al servicio de esta escucha armónica, donde la experiencia personal y eclesial de la Palabra es el fruto del único Espíritu de Dios.

Es evidente que la escucha de la Palabra de Dios no se agota en la acogida de las Escrituras. Se realiza también en los Sacramentos, en la vida de la comunidad y en sus pastores, en la vida de los pobres, en la creación y los acontecimientos, mediaciones por las que la voz de Dios nos llega en la historia. Pero las Escrituras permanecerán por siempre, como el lugar privilegiado de la escucha de la Palabra que crea y salva.

4. La escucha asidua de la Palabra de Dios

Los sacerdotes, de manera especial, recuerda el Concilio, han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse «predicadores vacíos de la palabra, que no la escuchan por dentro». En ella han de adquirir «la ciencia suprema de Jesucristo»(Flp 3,8), "pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (V.D. 25).

Para que se realice esta escucha por dentro, exigencia radical del ministerio, el discípulo ha de dejarse seducir por la verdad de Dios. Para permanecer en Cristo, hay que dejar que sus palabras permanezcan con nosotros (cf. Jn 15,5-7). Se olvida con frecuencia lo que decía Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,31-32). La escucha asidua de la Palabra de Dios es, por tanto, comunión con Jesús, acogida de la fuerza de Dios, obediencia que nos hace caminar de fe en fe (cf. Rm 1,16-17). Por la escucha del corazón y la inteligencia de la fe, el discípulo avanza adecuando su vida al designio de Dios, sin desvirtuar la Cruz de Cristo. En el estudio de las Escrituras, el discípulo no busca poseer la Palabra, sino dejarse poseer por la Verdad para que su actuación sea según Dios y no ya según la carne o la sangre. El sacerdote, como el apóstol y el profeta, se temple, por tanto, en la fragua de la escucha, del estudio y de la contemplación cotidiana de la palabra de Dios.

II. LENGUA DE DISCÍPULO

Cuando en el libro de los Hechos se afirma que los Apóstoles anunciaban la Palabra de Dios, no quiere decirse solamente que su palabra decía algo de Dios, que poseía cualidades divinas, o que Dios había pronunciado esa palabra en el pasado y ellos eran sus transmisores sino que era Dios quien pronunciaba esa Palabra en el momento en que ellos la predicaban. San Pablo lo expresará de manera lapidaria al escribir a los corintios: Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió al ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros (2Co 5,18-20).

La iniciativa de Dios se prolonga en el ministerio del apóstol. En sus labios pone incesantemente la palabra de la reconciliación. Con el don de la salvación, la Iglesia recibe el don del ministerio.

Por el sacramento del Orden, los sacerdotes están llamados y enviados a actualizar en la Iglesia y en el mundo la Palabra de la reconciliación. En ellos Dios sigue pronunciando la Palabra de vida que salva e invita a la conversión. Sus labios, en consecuencia, han de ser los del discípulo, no sólo en la celebración sacerdotal, sino también cuando anuncian el Evangelio y dirigen el pueblo que Dios les ha confiado. Para desarrollar esta lengua y labios de discípulo, los sacerdotes deberán cultivar las actitudes siguientes:

1. La obediencia del testigo

El servidor de la Palabra es, ante todo, un testigo de ésta. Llevados ante el Sanedrín, Pedro y Juan contestaron: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos nosotros dejar de hablar lo que hemos visto y oído» (Hch 4,19-20). En una segunda comparencia afirman: «Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen» (5,32).

La fuerza y libertad de los testigos brotan de la obediencia de la escucha y de la contemplación. La obediencia del servidor evita tanto las gnososis mentirosas como las cobardes acomodaciones de los falsos doctores. El discípulo no se apropia la Palabra, testimonia y comunica el Evangelio recibido, sin buscar agradar a los hombres, ni inventar su propio evangelio (cf. Gal 1,6-10).

Esta obediencia del testigo es comunión con una Tradición viva (cf. 1Jn 1,1-5), único camino establecido por Dios para darnos lengua de discípulo. El Evangelio ha de ser recibido y transmitido por los sacerdotes dentro de una Tradición. Tienen labios de discípulos quienes son hombres de Tradición.

2. La solidaridad con un pueblo

Los labios del discípulo no se limitan a repetir una doctrina o unas verdades sobre Dios y el hombre. El Señor da lengua de discípulos para hacer saber al cansado una palabra alentadora. Dios elige y quiere servirse de mediaciones para entrar en diálogo con hombres históricos.

La predicación no es atemporal. Es una palabra que Dios dirige al hombre de hoy, prolongando así por el Espíritu la Tradición. El apóstol, como el profeta, anuncia la Palabra viva y permanente en el hoy de los hombres. Es exigencia de los buenos pastores, es decir, de los sacerdotes, conocer a sus ovejas (cf. P.O.4). Consiguientemente, la predicación sacerdotal, que en las circunstancias del mundo resulta no raras veces difícilísima, para que mejor mueva a las almas de los oyentes, no debe exponer la Palabra de Dios sólo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio (P.O.5). Esto requiere del discípulo solidaridad y comunión con los hombres, así como fidelidad y obediencia a la Palabra. En el corazón de los sacerdotes han de darse cita todos los días la Palabra de Dios y la experiencia concreta de los hombres. Como María y con María, los sacerdotes han de meditar en sus corazones los acontecimientos que la Palabra ilumina y en los que ella comunica todas sus riquezas por la acción del Espíritu. Este encuentro con la Palabra en los acontecimientos, requiere del ministro de la Iglesia una escucha cordial del Magisterio. También deberá estar atento a la fe del pueblo sencillo y a la reflexión teológica. No podemos olvidar que Dios ha querido revelarse preferentemente a los pequeños y sencillos, y que entre los dones con que el Espíritu enriquece a su Iglesia se encuentra también el de los doctores.

La predicación del discípulo, por tanto, se alimenta de la escucha eclesial de la Palabra y de la solidaridad con los hombres. El discípulo no es un mero repetidor. Está al servicio de un encuentro libre y sorprendente entre Dios y los hombres. Pero tampoco es un "inventor", sino un servidor de quien se reclama fidelidad, obediencia y creatividad.

Su modo de hablar ha de ser sencillo y directo. Con la palabra, denuncia invitando a la esperanza. Con la Palabra, afirma la esperanza del pobre, llamándole a la conversión. Con la Palabra de la verdad, juzga al mundo prisionero de la mentira. El sacerdote con temor y

temblor busca que la fe de sus hermanos se apoye en el poder de Dios y no en sabios discursos (cf. 1Co 2,1-5); con la transmisión de la Palabra, pone el único fundamento, Jesucristo (cf. 3,11), y conduce a los hombres a la obediencia de la fe (cf. Rm 1,5).

3. Con la fuerza de la Palabra

Quien hable con labios de discípulo correrá la suerte de los profetas y de los apóstoles, es decir, de la Palabra que vino a los suyos y no la recibieron. La experiencia creyente nos recuerda que el anuncio de la Palabra incluye la contradicción con el mundo y con todo lo mundano de la comunidad eclesial, siempre proclive a acomodarse a este mundo. Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón (Hb 4,12).

El discípulo de la Palabra no puede eludir el combate de la verdad. El Siervo no se "hizo atrás", pues confiaba en Yahvéh. Tampoco el sacerdote ha recibido un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza, que le permiten afrontar los sufrimientos y el combate del anuncio del Evangelio (cf. 2Tm 1,6-18). Para anunciar y defender el Evangelio de la Esperanza, recibe el sacerdote el Espíritu y las Escrituras. En ellas ha de buscar todos los días la luz y la fuerza, para irradiar en el mundo la esperanza de la gloria (Col 1,27).

Como discípulo de la Palabra, los sacerdotes han de asumir la defensa de los pobres, y de los derechos de los hombres y de los pueblos. Con cuánta entereza, los profetas, los apóstoles y Padres de la Iglesia, secundaron la Palabra, defendiendo a los pobres. San Isidoro, en el L.3. de las Sentencias, cap.45, escribe: Al que hace distinción con la persona del poderoso y teme decirle la verdad, se le aplica la sentencia de culpa grave. Porque muchos sacerdotes, por miedo al poderío, ocultan la verdad y se apartan del bien obrar, y de la predicación de la justicia por temor a cualquier dificultad o porque les intimida el poder. Y más adelante añade: Como el pastor solícito suele proteger de las fieras a sus ovejas, así también el sacerdote de Dios debe cuidar la grey de Cristo, para que el enemigo no la devaste, el perseguidor no la infeste, ni perturbe la vida de los pobres la ambición de cualquier poderoso. Por el contrario, los malos pastores no cuidan de las ovejas, sino que, como se lee en el Evangelio acerca de los asalariados, ven acercarse al lobo y huyen. Porque entonces huyen cuando callan ante los poderosos y temen enfrentarse a los malos. Si guardan silencio a este respecto, se les declarará culpables de la maldad de aquéllos. En la línea del profeta Ezequiel, nos recuerda así S. Isidoro la necesidad de mantener el combate de la verdad y de la justicia como verdaderos discípulos.

San Pablo nos dirá que este combate es contra los Principados, Potestades y Dominaciones de este mundo tenebroso. Para librar este combate, el discípulo empuñará la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Ef 6,17). Dicho con otras palabras, el discípulo ha de hacerse colaborador de la Palabra, que tiene poder para hacerlo todo de nuevo. Ha de identificarse con ella ante los hombres, de otra forma el Hijo no se declarará por él ante el Padre (cf. Mt 10,32-33).

4. Pobres para anunciar la Palabra

Para transmitir la Palabra de Dios se requiere vivir la pobreza del Siervo. No está el discípulo por encima del Maestro. Ya le basta al discípulo ser como el Maestro (Mt 10,24-25). Está llamado a implantar el derecho y la justicia, que viene de Dios, con la

mansedumbre y la paciencia del Servidor manso y humilde de corazón (cf. Mt 11,29;12,17-21).

El discípulo ha de dar gratuitamente lo que ha recibido gratuitamente (Mt 10,8). No puede negociar con la Palabra. La pobreza del ministro del Evangelio se funda en la iniciativa libre y gratuita de la misma Palabra, que se entrega al decirse.

Otro aspecto esencial de la pobreza y humildad del ministro, proviene de ser un hombre de la Tradición. Transmite lo que ha recibido. Él no inventa la Tradición, la recibe del Espíritu en un pueblo, y no puede disponer de ella para sus intereses. Bajo la autoridad del ministerio apostólico, el sacerdote trabajará para conocer la fe del pueblo profético y transmitirla a las generaciones venideras. San Ambrosio, comentando la fe sencilla de los pastores, no duda en afirmar que María recibe y aprende de ellos los elementos de su fe: *A pastoribus etiam Maria fidem colligit. Maria a pastoribus discit* (Exp. Evang. Sec. Lucam L.II,53-54). El sacerdote ha de mantener siempre una actitud de aprendiz en medio de su pueblo.

Por otra parte, los labios apostólicos no buscan persuadir con sabios discursos, sino que anuncian la sabiduría de Dios con temor y temblor. La fe del pueblo ha de apoyarse en el poder de Dios y no en los hombres (cf. 1Co 2,1-5). Ha de predicar la necesidad de la cruz, pues la Palabra se humilló para enriquecernos con su pobreza (cf. Flp 2,6-8; 2Co 8,9).

Finalmente, el mensajero de la Palabra ha de aceptar el correr su propia suerte. Como ella fue calumniada y suscitó la oposición, también el sacerdote ha de estar dispuesto a semejante pobreza. Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos! (Mt 10,25).

III. EDIFICAR EL PUEBLO DE DIOS POR LA PALABRA

En la primera parte de mi exposición he insistido en cómo el servidor de la Palabra ha de hacerse discípulo de ésta. En la segunda he intentado mostrar las exigencias que comporta el tener lengua de discípulo. En esta tercera parte desarrollaré cómo el sacerdote edifica el pueblo de Dios por la Palabra. La existencia sacerdotal ha de estar animada del dinamismo mismo de la Palabra, que viniendo de Dios, vuelve de este mundo al Padre, después de haber convocado y congregado al pueblo de la Nueva Alianza.

San Pablo escribía a Tito: El motivo de haberte dejado en Creta fue para que acabaras de organizar lo que faltaba y establecieras presbíteros en cada ciudad, como yo te mandé. Que esté adherido a la palabra fiel, conforme a la enseñanza, para que sea capaz de exhortar con la sana doctrina y refutar a los que contradicen (Tt 1,5.9). Falsos doctores se habían introducido en la comunidad.

San Juan Crisóstomo en su *De Sacerdotio*, después de exaltar al sacerdote como dispensador de los misterios de Dios, dedicará largos desarrollos al ministerio de la Palabra, por la que el sacerdote edifica la Iglesia santa. La oikos de Dios se edifica por una dispensación justa de la oikonomia de Dios. El instrumento privilegiado es la Palabra. En esta misma línea se mueven los grandes Padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos.

Puestos al frente de la casa del Señor para dispensar a los consiervos el pan de la Palabra, en el tiempo oportuno (cf. Lc 12,42), los sacerdotes han de dispensar con fidelidad la Palabra que tiene poder para edificar.

1. Dios salva por la necesidad de la predicación (1Co 1,21)

En la predicación apostólica, como ya he señalado, Dios sale al encuentro del hombre para reconciliarlo consigo en Cristo. La predicación no es sólo invitación e interpelación a la conversión. La Palabra de Dios es fuerza de Salvación (cf. Rm 1,16). A quien la acoge con fe, se le da el poder llegar a ser hijo de Dios (Jn 1,12). Ahora bien, la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo (Rm 10,17). En los Hechos de los Apóstoles se repite con insistencia cómo la Palabra está creciendo y desarrollándose en el mundo entero.

El sacerdote ha de trabajar para que la comunidad entre en el núcleo de la fe y viva con obediencia incondicional sus consecuencias prácticas. Este núcleo es la confesión: Jesús es el Señor. El Siervo ha sido constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de Santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro (Rm 1,4). Esta fe ha de hacerse operante por el amor y la esperanza (cf. Ga 5,5-6). De tal manera que los cristianos no tengan otra deuda que la del amor mutuo (Rm 1,38).

2. La Palabra apostólica congrega al pueblo de Dios

Los apóstoles predicaron el Verbo de la verdad y engendraron las Iglesias (S. Agustín, In Ps 44,23). En este sentido los presbíteros como cooperadores que son de los obispos, tienen por deber primero el de anunciar a todos el Evangelio de Dios (P.O.4). Por la predicación de la Palabra, el sacerdote está llamado a formar a Cristo en sus comunidades (cf. Ga 4,19). Como recuerda San Gregorio Magno, el sacerdote ha de llegar a vivir una auténtica maternidad a través de la predicación apostólica. El que es hermano y hermana de Cristo creyendo, se hace su madre predicando. En efecto, se puede decir, que él engendra al Señor que ha infundido en el corazón de su oyente, y se hace madre por su predicación si, por su voz, el amor del Señor es engendrado en el alma del prójimo (Hom.III in Evang.).

Como Pablo, el sacerdote ha de poder decir: por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús. Os ruego, pues, que seáis mis imitadores (1Co 4,15-16). Lo que supone dejarse hacer por Cristo palabra viva y eficaz para dar vida a los que la oyeren (S.Juan de Ávila, Carta 1, v.18).

Esto supone no negociar con la Palabra de Dios, antes bien, hablar con sinceridad y como de parte de Dios y delante de Dios (2Co 2,17); asumir las actitudes de una madre que engendra a sus hijos para la vida nueva (cf. 1Ts 2,7-12).

Cuando se minusvalora esta dimensión maternal del ministerio de la Palabra, la actividad misionera de la Iglesia se debilita; los sacramentos pierden su dimensión de proclamación y celebración de la fe, para convertirse en ritos, que pueden alimentar una religiosidad mágica, pero no el dinamismo de la fe; y la predicación se reduce a moralismo o a una ideología.

3. La palabra en la comunidad

Los nuevos convertidos acudían asiduamente a la enseñanza (didaje) de los apóstoles (Hch 2,42). La comunidad cristiana ha de buscar incesantemente el sentido de su existencia y la fuente de inspiración de su hacer en la enseñanza de los apóstoles, es decir, en Jesús muerto y resucitado. El sacerdote hace obra de evangelizador cuando transmite fielmente la palabra apostólica.

La dedicación a la oración y al ministerio de la Palabra (Hch 6,4), será siempre el primer deber del sacerdote. En la oración y en el discernimiento eclesial ha de recibir la Palabra que viene de Dios, de otra forma el riesgo del vacío o de la manipulación ideológica serán inevitables. Por el ministerio de la Palabra cumple su misión principal: comunicar la fuerza de Dios que crea la comunión y pone en camino hacia la casa del Padre. Sólo la Palabra tiene fuerza para hacer entrar en la verdad que libera para la justicia y el amor.

Para conducir al Pueblo de Dios en la verdad y en el amor, el sacerdote ha de ayudarle a releer su vida y acontecimientos a la luz de la Palabra. Debe también ayudarle a discernir cómo Dios le habla en los mismos acontecimientos. Y esto el sacerdote no lo puede hacer más que si él mismo está penetrado de la Palabra y si medita noche y día los acontecimientos en los que nos llega su luz y en la cual adquieren todo su sentido.

Para configurar al pueblo profético, el presbítero comunicará con sencillez la Palabra que acoge en el silencio del corazón. Su misión no es otra que la de la Iglesia: Tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la Mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo (V.D.21). Si la Palabra no es central en su vida, tampoco lo será en el pueblo. Si su vida no se adecúa a la Palabra, el pueblo se resistirá a su verdad. Por culpa del doctor, a veces aun la misma doctrina verdadera pierde su valor, y quien no vive conforme a sus enseñanzas hace despreciable hasta la verdad que predica (San Isidoro, Sentencias L.3, cap.37).

4. La libertad apostólica que viene de la Palabra

En momentos difíciles, el sacerdote encontrará su libertad en Dios y su Palabra. De otra forma corre el peligro de dejarse arrastrar por el miedo a las novedades, por las ideologías o el rechazo del mundo. Las Escrituras nos han sido dadas para hacernos crecer en la esperanza. En efecto todo cuanto fue escrito en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza (Rm 15,4).

Más todavía, quien se enraiza en las Escrituras como discípulo, encontrará los caminos de la novedad de Cristo, frente a las novedades engañosas (cf. Mt 13,52; Hch 17,21). Encontrará también la sabiduría para conducir a su pueblo, pues toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena (2Tm 3,16-17).

San Pablo, al despedirse de los presbíteros de Éfeso, tras ponerlos en guardia sobre los peligros vecinos y recordarles su ministerio, concluye: Ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santos (Hch 20,32). El sacerdote ha de encontrar en la Palabra su fortaleza, su libertad y la fuente inagotable de su creatividad pastoral.

Saquemos ahora las consecuencias para la vida del sacerdote:

a) Este ha de tener una fe práctica en la Palabra. Fe que le lleve a hacerse su discípulo, testigo y colaborador para edificar el pueblo de Dios. Sólo la Palabra viva y eficaz tiene poder para edificar el Templo del Espíritu que es la Iglesia.

b) El sacerdote ha de vivir una apertura incondicional a la verdad. El amor pastoral no es tal, si no da como alimento al pueblo la Verdad del Evangelio, y no podrá comunicar la Verdad quien no la haya recibido y buscado incesantemente conducido por el Espíritu en la Iglesia.

c) El sacerdote ha de hacer suya la misma pedagogía de la Palabra. Esta se ha revelado en la historia de forma progresiva, hasta la entrega total. Ha venido en medio de las tinieblas

para irradiar la luz y comunicar la esperanza. No ha cesado de recorrer el mundo, para reunir a los hombres en un pueblo y pasar con ellos al Padre. El Evangelio de S. Marcos se cierra con estas palabras significativas: Ellos (los apóstoles) salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban (16,20). En la predicación del enviado Dios sigue actuando. La pedagogía entonces, es el camino de la entrega, de la solidaridad, del combate paciente y tenaz para conducir a los hombres a la libertad filial. La pedagogía es mucho más que un método, es comunión con el dinamismo de la Palabra que edifica su casa en el hoy de la historia.

d) La Palabra exige del sacerdote tomar el camino de la iniciativa de Dios. Con la Palabra ha de salir incesantemente en busca de los que están lejos. En torno a la Palabra ha de crear la comunión y no en torno a sí mismo. Con la Palabra ha de defender a los humillados y suscitar la esperanza en las dificultades. Con y por la Palabra ha de hacer que todas las cosas sean recapituladas en Cristo.

e) Para ser colaborador de esta Palabra eficaz y dinámica, el sacerdote recordará que su ministerio es un ministerio de vigilancia. Ha de estar vigilante para descubrir y proclamar la Palabra que viene al encuentro de los suyos: vigilante para defender a los suyos, pero también vigilante para denunciar en ellos todo lo que no se adecua al designio de Dios.

f) Finalmente, el sacerdote ha de vivir la desapropiación radical de la Palabra, hecha carne. Y esta desapropiación le lleva a estudiar las Escrituras para el crecimiento de su pueblo y no sólo para su utilidad personal. Por ello, Santo Tomás recordará que la contemplación de los pastores ha de estar marcada por la desapropiación de la caridad pastoral. Ellos contemplan no sólo para sí, sino para la instrucción de los otros (S.Th. IIª, IIac. Q.184. A.7).

IV. EL ESTUDIO DE LAS ESCRITURAS

En las reflexiones anteriores hemos visto la relación existencial y óptica entre la Palabra y la vida sacerdotal. Para cultivarla, el presbítero ha de estudiar incesantemente las Escrituras. Veamos ahora algunas de las características que debería tener este estudio, efectuado por un pastor.

1. Un estudio vital

"El discípulo" estudia las Escrituras para acoger la Palabra viva y operante de Dios. En ellas no acoge solamente un libro o el testimonio de la memoria colectiva de un pueblo; acoge, ante todo, al Verbo hecho carne, que viene a entablar un diálogo, en el que toda la persona del discípulo queda implicada.

La finalidad del estudio del discípulo es la comunión y el seguimiento del Verbo de Vida. Es un estudio que busca la Vida, que acoge la Verdad y le hace avanzar por el camino; consiguientemente es un estudio que conduce al conocimiento, del conocimiento al amor y del amor al seguimiento y comunión.

Estructurado por el encuentro con la Palabra personal de Dios, este estudio vital se realiza en las etapas siguientes. El discípulo acude a las Escrituras con sus cuestiones vitales. Su experiencia se inscribe en la historia de un pueblo de creyentes. A través del diálogo con su pueblo, el discípulo encuentra luces y también nuevas cuestiones que le obligan a avanzar. En el momento en que el discípulo se encuentra con la Palabra viva, deja de conducir el diálogo. Su búsqueda inicial se hace recepción, de una Palabra que llama, elige, interviene,

cuestiona y envía. La dinámica de este estudio proviene de la convicción siguiente: el discípulo no asimilará a la Palabra, sino que la Palabra lo asimilará. Es el mismo dinamismo del Sacramento.

La tentación de los judíos es querer reducir la Palabra a su Ley. La de los griegos es reducirla a su razón. Ahora bien, no son las prácticas de la Ley, ni la gnosis, las que salvan, sino la Palabra acogida en la fe. Así el discípulo, por la fuerza del Espíritu que habita en la Palabra, es recreado para las buenas obras y para el ministerio.

Este estudio vital en la vida del sacerdote estará acompañado por el estudio de la exégesis y la teología, pues el discípulo ha de recibir correctamente la Palabra de Dios en la experiencia de un Pueblo y ha de comunicarla con la misma corrección a la experiencia del hombre de hoy. Pero el estudio vital será siempre el que determine a los otros en la vida de la Iglesia.

Este trabajo requiere, ante todo, la sencillez del hombre guiado por el Espíritu. Es la sencillez y la libertad de quien escucha con la docilidad del niño. Busca al Maestro, y cuando lo encuentra la escucha y se deja conducir hasta la verdad plena por el Espíritu Santo.

2. Un estudio en la Tradición Eclesial

El estudio vital del discípulo ha de realizarse siempre en la comunidad de los discípulos, conducida por los pastores que Dios le ha dado. Vital no se contrapone a eclesial.

La Tradición eclesial nos permite acoger la Palabra en toda su riqueza. Esto es decisivo para quien pretenda tener labios de discípulo y vivirse como mediación de un encuentro irrepetible entre Dios y el hombre. El sacerdote no puede imponer su experiencia a los otros miembros de la Iglesia. Su misión es velar y discernir, si la experiencia de los otros discípulos acontece realmente en el marco de la Tradición del Pueblo de Dios.

Como hombre de la Tradición, el sacerdote ha de estudiar la totalidad de las Escrituras, tal como el Pueblo de Dios, guiado por el Magisterio y animado por el Espíritu, va comprendiéndolas. De otra forma, se corre el riesgo de reducir la Palabra a la propia experiencia o a la experiencia de un momento particular de este Pueblo. No quiere decir que estas experiencias no sean correctas, pero hemos de recordar que la Palabra no agota sus riquezas en una experiencia.

El pastor de un pueblo ha de conocer la totalidad de las Escrituras para poder discernir los carismas y los caminos insospechados de la Palabra en la historia. Ningún lenguaje, experiencia o realización pueden agotar su riqueza. Si el creyente puede vivir desde un aspecto determinado el misterio de Cristo, el sacerdote, por el estudio de la totalidad de las Escrituras, ha de permitir a la comunidad de discípulos discernir y acoger la diversidad de expresiones que suscita el Espíritu. Estamos aquí ante un punto central y original de la espiritualidad de quien es llamado a hablar en nombre de Cristo cabeza y de ayudar al crecimiento de todos por un justo discernimiento. Sin esta apertura realmente católica, el sacerdote desarrollará una dinámica sectaria en el Pueblo de Dios, pues pretenderá reducir a la uniformidad la llamada a vivir la comunión en la diversidad. Punto central en la espiritualidad y en la formación será esta apertura a la totalidad del designio de Dios.

Este estudio eclesial comporta una ascesis de la inteligencia de la fe. Ha de ir constantemente del núcleo de la fe: Jesús es el Señor, al desarrollo de todas sus riquezas en la historia; y de la diversidad de expresiones, al núcleo de esa fe. Tal ha sido la disciplina

de la Tradición apostólica, que el sacerdote debe recorrer animado por el Espíritu y en diálogo cordial con el Magisterio.

3. Un estudio para la edificación del pueblo

Para edificar el pueblo santo, el sacerdote debe brillar tanto por la doctrina como por la vida. Porque la doctrina sin la vida lo hace arrogante, la vida sin doctrina le vuelve inútil (S. Isidoro. Sentencias L.3, cap.36).

Santa Teresa, con su finura espiritual y con su olfato femenino, pone en guardia a sus comunidades ante los riesgos que se derivaban de los sacerdotes ignorantes. No basta la "piedad" para conducir un pueblo. Desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo (S. Jerónimo), y el camino de la Iglesia en el mundo. San Isidoro, después de afirmar que se ha de descartar del ministerio sacerdotal, tanto a los inicuos y pecadores, como a los ignorantes e inexpertos, afirma con gran crudeza: así reprueba el Señor a los sacerdotes ignorantes por boca del profeta Isaías: Los propios pastores no entendieron. Y nuevamente: Todos guardianes ciegos -esto es, obispos inexpertos- todos fueron ignorantes, cual perros mudos que no pueden ladrar (Is 56,11 y 10); esto es, que no pueden defender al pueblo que les ha sido confiado oponiéndose a los malos con la exposición de la doctrina (Sentencias L.3, cap. 35).

Es evidente que no se trata de una ciencia sin amor, sino de entrar en la sabiduría de Dios (1Co 1,24), en la que el amor y la inteligencia se aúnan para la edificación. Este conocimiento sapiencial de las Escrituras obliga al sacerdote a renovarse incesantemente en el conocimiento amoroso del designio de Dios: La ciencia hincha, el amor en cambio edifica. Si alguien cree conocer algo, aún no lo conoce como se debe conocer. Mas si uno ama a Dios, ése es conocido por él (1Co 8,1-3).

Estudiar las Escrituras para la edificación del pueblo, es entrar en el designio amoroso de Dios por su pueblo, tal como se ha desarrollado en la historia Santa y tal como se prolonga bajo la acción del Espíritu en nuestros días. El sacerdote, como colaborador de Dios (1Co 3,9) está urgido a conocer cómo Dios quiere guiar y conducir a su pueblo. Sólo así podrá discernir y tomar las iniciativas adecuadas para conducir ese pueblo hacia su plenitud.

El sacerdote es un pastor y no un funcionario que pudiera aplicar un esquema de conducta atemporal. Como pastor ha de conocer el designio de Dios en toda su riqueza, para hacerlo descubrir con pedagogía paternal, en la que se conjuga la inmensa paciencia y la apasionada exigencia de la Santidad de Dios. Dios conducía a su pueblo, como un padre a su hijo (cf. Dt 8,5; Sb 11,10; 1Co 11,32; Hb 12,5-13; 1Ts 2,11-12). El sacerdote, en consecuencia, ha de conocer el designio de Dios en su integridad y la pedagogía divina para conducir al pueblo con toda autoridad y libertad. Ahora bien, eso sólo es posible si en el estudio y la oración va progresando en la ciencia suprema del conocimiento de Jesucristo (Flp 3,8).

La pedagogía apostólica nos lo recuerda incesantemente. Los apóstoles, confrontados a culturas tan diferentes como la hebrea, la griega u otras, tal como nos sucede hoy, anuncian la única verdad de Dios de formas múltiples. Conscientes de que es el Espíritu quien puede conducir a la verdad plena, alimentan a los oyentes con la leche espiritual y con alimento sólido (cf. 1Co 3,1-12; Hb 5,12), de acuerdo con su capacidad. Sabiendo la debilidad y fragilidad de los jóvenes, Pablo escribe: Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor (Ef 6,4). Y en su lucha contra las desviaciones de la comunidad de Corinto escribe: Y estamos dispuestos a

castigar toda desobediencia cuando vuestra obediencia sea perfecta (2Co 10,6). El Pastor conduce al pueblo de Dios con la solicitud y lucidez de la Palabra, que tiene poder para construir el edificio (Hch 20,32; cf. 2,19-22).

El estudio del Pastor no disocia, pues, el contenido de la pedagogía. Del contenido brota la pedagogía y la pedagogía conduce a la plena vivencia del contenido por parte del discípulo. Quien no se haya familiarizado con la Palabra de Dios, ni podrá transmitir la integridad del designio de Dios, ni tendrá la discreción o el discernimiento necesario para conducir a su pueblo (cf. San Isidoro, Sentencias, L.3, cap.43). Esto hace que el estudio de las Escrituras haya de asumir con absoluta seriedad la vida del pueblo.

4. No aislar las Escrituras de la Eucaristía

El estudio de las Escrituras no puede aislarse de la Eucaristía, presencia y actualización perenne de la Palabra que viene y se entrega. La Iglesia, según su Tradición, no ha separado nunca la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo, unidad que ningún estudio puede olvidar. Las Escrituras conducen a la Eucaristía y la Eucaristía interpreta las Escrituras. En efecto, por ser la Eucaristía memorial del acontecimiento pascual, a su luz han de ser entendidas y vividas las Escrituras. En la Eucaristía se actualiza todos los días la Palabra enunciativa de filiación y exigitiva de fraternidad (O. Glez. de Cardedal).

La Eucaristía, por otra parte, congrega en acto la comunidad, en cuyo seno la Palabra entrega todo su sentido. La comunidad eucarística, presidida por los pastores, se convierte, pues, en el lugar privilegiado de la lectura y de la escucha de las Escrituras. A su luz, el discípulo escudriña los testimonios de los profetas y de los apóstoles, para proclamar la realización de las promesas, tal como se está anticipando en la celebración de la Eucaristía y de los otros Sacramentos. Así, los sacerdotes no cesan de edificar el pueblo de Dios por la dispensación de la Palabra y del Sacramento.

Así, el marco litúrgico, en el que las Escrituras han visto con mucha frecuencia la luz, seguirá siendo siempre el más apropiado para el estudio de discípulo y ministro del Evangelio entre los hombres.

CONCLUSIÓN

Como el centinela, el sacerdote ha sido puesto al frente de la casa de Dios para comunicarle sus palabras. Como el profeta Ezequiel, sostenido por la fuerza y la docilidad del Espíritu, ha de escuchar de pie en medio del pueblo desterrado y rebelde, para comunicarle la Palabra que Dios tiene a bien dirigirle. Por ello ha de alimentarse, vivir de la Palabra y para la Palabra. Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel... Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy... Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras (Ez 3,1-4).

Pero la escucha del discípulo, es decir, del Siervo, no se limita a vivir la transmisión con toda integridad, con atrevida libertad, con inmensa paciencia y apasionada exigencia (M.Legido). Él acoge de tal manera la Palabra que, dejándola habitar y fructificar en su corazón toda su existencia, se convierte en Palabra de Dios para su pueblo. Entonces y sólo entonces, el sacerdote tendrá la audacia del apóstol para decir a los suyos: Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo (1Co 11,1). Entonces, los sacerdotes van siendo modelos o tipos de la grey de Dios (1P 5,3), pero no tanto porque sean superiores a los demás, sino porque en ellos habita con toda su riqueza la Palabra de Dios; al servicio de la edificación de un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes.

"APUNTES PARA UN RETIRO ESPIRITUAL"

Pbro. Manuel Pascual - Buenos Aires

Los textos que transcribimos a continuación fueron preparados como "apuntes" para predicar un retiro a sacerdotes. Hemos respetado su estilo escueto y sugerente para favorecer la reflexión personal de los lectores.

1. Del bautismo a la eucaristía

Dios ha querido llevar al hombre a la acción de gracias no porque necesite de su alabanza, sino porque supone que quien da gracias lo hace porque se sabe agraciado, amado. Quien no se sabe "don" no puede ser religioso. Humildad y gratitud son hermanas. El humilde tiene dones pero sabe de dónde vienen. No es humildad decir no sirvo para nada.

Darle la vida a un hijo es mucho más que un hecho biológico; también es dar: afecto, educación, alimento, un techo, lo imprescindible para crecer. Pero la vida o el verdadero nacimiento para el hombre, un ser con vocación de sentido, es cuando agradece a su padre o madre el que lo haya ayudado a encontrar el para qué de la vida, a estar agradecido de vivir. Así el padre se hace maestro y el hijo se hace discípulo.

Más que una cuestión intelectual o, mejor dicho, no solamente intelectual, es una cuestión afectiva. Dar la vida puede ser algo meramente biológico pero reconocer un hijo, hacerse cargo de él, celebrar su existencia en el quehacer cotidiano, mirarlo con amor, dialogar con él, corregirlo y retarlo si fuese necesario, sin que altere en lo más mínimo la calidad del amor, es en otras palabras decirle, hacerle sentir, experimentar que su vida vale la pena: ¡qué buena es tu vida!, ¡qué maravilla! Sólo quien se sabe amado tiene la posibilidad de afirmarse en su ser, cree que vale la pena desplegarlo y se abre confiado a la totalidad, sabiendo que así como un día al nacer indefenso lo acogió la ternura de una madre dotada de alimento y cariño para satisfacer su indigencia, así todas las hambres de verdad y amor pueden ser también correspondidas. Sólo desde allí se comprende la aventura de ser hombre. Todo esto no es solo una experiencia original.

El hombre de todos los tiempos se deslumbra con la vida, se maravilla y celebra el sol, la noche, el amor, el calor del fuego, la cosecha, lo bello; el arte es de alguna manera parte y expresión de esto.

Sin embargo también el hombre de todos los tiempos, cuanto más se anima a celebrar, más expuesto al escándalo, la desesperación y el hastío se encuentra al constatar el mal, la muerte, el límite y la terrible insatisfacción del corazón.

Por eso también el hombre desea morir. A veces en forma vehemente no soportando la realidad, a veces en forma solapada renunciando a vivir, a esperar ser feliz.

No es difícil dar gracias de joven, lo difícil es poder dar gracias por todo. Por cada hoy con todas y cada una de las circunstancias. Sólo desde la conciencia del don se puede aceptar lo que duele, lo que falta como un espacio para la creatividad del que nos ama. La liturgia nos enseña a dar gracias "siempre y en todo lugar".

La esperanza es la certeza de un futuro pleno, de una alegría que nadie nos podrá quitar. Desde esa certeza podemos aceptar, hasta con gratitud no exenta de lágrimas, que veamos desmantelarse nuestra casa terrena. Mientras damos gracias estamos constatando nuestra certeza de sabernos amados. Eso es tener salud espiritual.

Si llegamos a entender profundamente esto seremos capaces de reconocer aún en el dolor la mano amorosa del Padre que nos introduce en el misterio de su Hijo Jesús. Dar gracias no significa siempre y fundamentalmente canto, palabras o una sonrisa, sino ser capaces de

abrazar el presente, intuyendo lo que los apóstoles temerosos escucharon una noche de tormenta en su frágil barca "soy yo, no teman", o de un modo más gráfico "si ustedes que son malos no le dan piedras al hijo que le pide pan...". Cuando se está muy complicado hay que ser simple.

Quien da gracias no ha dejado de maravillarse, comprende que nada es normal, rutinario, debido; que la vida es un milagro permanente. Una de las preguntas capitales de la filosofía es por qué el ser y no la nada. Quien da gracias es más que filósofo, es religioso. Es pasar de la duda a la fe...

Es miopía espiritual vivir amargado por lo que falta y no saber gozar más de la inmensa promesa que significa y asegura lo que ya está. Es difícil que la gratitud no vaya acompañada con lágrimas cuando se constata la fidelidad del amor a pesar de nuestras miserias e indiferencias.

El amor al prójimo y especialmente al enemigo es la oportunidad por excelencia donde agradecer concretamente la misericordia de Dios.

"Cristo entre nosotros, la esperanza de la gloria". Jesús es el gran motivo de acción de gracias. Pero al mismo tiempo es maestro y posibilitador, al comunicarnos su Espíritu que nos capacita para amar. Amar como se es amado es la mejor manera de agradecer. No por justicia sino como signo de que el amor fue tan profundo que nos hizo, aún siendo pobres, capaces de amar. Amor con amor se paga.

La gratuidad cristiana por ser hijos supone la gratitud humana. No se puede agradecer a Dios que sea Dios y todo lo que Él dispuso si estamos menospreciando la vida, las cosas materiales, nuestro cuerpo, nuestra personalidad, las circunstancias de la vida, porque en el fondo lo estamos menospreciando a Él.

La vida de Jesús está abocada a eso: a dar gracias revestido de la condición humana por toda la creación y por su sublime vocación.

Para eso convocó a sus discípulos y predicó las bienaventuranzas. No quiso que se alegren por sus éxitos apostólicos sin antes valorar por encima de todo "que sus nombres están escritos en el cielo".

La cena pascual fue la gran ocasión donde sacramentalizó su presencia y su misión en un sacramento que lleva ese nombre: "acción de gracias". Eso es su persona, una gracia, eso es su misión. "Hagan esto en memoria mía" es mucho más que reglamentar un sacramento. La Iglesia tiene la alta responsabilidad de llevar al hombre a la fe y ayudarlo a ser consciente de su condición de hijo, de heredero del Padre, de tener una multitud de hermanos, a llevarlo del bautismo a la eucaristía pasando por la penitencia...

Si la piedra de toque de la evangelización es convertir al evangelizado en evangelizador, podemos decir que si los bautizados, más aún los consagrados y los sacerdotes, no tienen la necesidad imperiosa de celebrar, se ha fallado en lo fundamental, al no haber otorgado la posibilidad de saborear en nuestro amor, inteligente y eficaz, la experiencia del amor. "Lo que gratuitamente recibieron denlo gratuitamente". La necesidad de oración es signo de la salud espiritual.

Del Génesis al Apocalipsis, de la confesión de fe a la confesión de amor. De la anunciación al magnificat. Esto es haber entendido el don.

2. Encuentros con que Dios nos sale al encuentro

La sabiduría de Dios sabe tratar a cada ser según su naturaleza, según su condición.

El hombre es un espíritu encarnado. Todo lo que sale y entra en él es a través de sus sentidos. Por eso hasta lo más espiritual nos lo ha dado en y a través de lo material, por ejemplo, en los sacramentos. El mismo Dios en su Hijo Jesús ha querido tener un rostro humano. Un hombre que sale al encuentro de los hombres.

Por otra parte Dios que obra y toma la iniciativa, también obra a través de sus creaturas. Hasta para dar la vida quiso necesitar de un hombre y una mujer.

Y no solo las personas sino también los acontecimientos son mensajeros de Dios.

Más aún, toda creatura es una palabra. La creación entera es de alguna manera autorretrato. Pero un encuentro no se da por mero contacto. El hombre tiene interioridad. Las personas, los acontecimientos, las cosas, tienen un misterio que sólo se hace descifrable con una actitud de humilde y casto despojo, no en actitud conquistadora y dominadora, ni siquiera de inteligente curiosidad, sino en sintonía amorosa, en actitud de acogida, de estar dispuesto a ser interpelado.

Los mensajes están, somos nosotros los que tenemos que aprender a escuchar.

Nada es casualidad y por eso es imprescindible releer nuestras vidas en clave de amor y tratar de comprender qué caminos ha empleado Dios para dirigirse a cada uno de nosotros y para irnos moldeando el corazón.

No se trata de que las personas o los acontecimientos pierdan densidad, sino de captar y vivir plenamente lo que son, porque es "en" y "a través" de ellos donde se comunica Dios. Hay una instancia donde las cosas mismas nos invitan a trascenderlas. Filosóficamente hablando la metafísica nos recuerda que todo nos grita que se le ha dado el ser y la Escritura nos revela nuestra común identidad de creaturas.

Los místicos, que en su afán de encontrar al Amado y no perder ningún rastro de él han recorrido todos los caminos, valles, alturas y se han expuesto a fieras y fronteras, han terminado gimiendo: "no me envíes más mensajeros que no saben decirme lo que quiero". Y recién allí apelan con todo su ser a interrogar a la fe.

Hay que tener mucha sed para beber a fondo, hay que haber padecido el infierno de la soledad para estar dispuesto a acompañar al amor donde quiera que vaya.

No podemos por nuestra condición de creaturas, y más aún después de la encarnación, pretender ir al encuentro de lo pleno sin asumir lo parcial, y al encuentro de lo absoluto sino por caminos relativos, no podemos ir al cielo sino atravesando la tierra. No hay que dar un rodeo sino que hay que atravesar.

Hay atajos que cuestan caros. Por santificarnos, nos deshumanizamos y por deshumanizarnos nos alejamos del corazón. Pero es justo allí donde todo hombre puede encontrar todavía fresco el murmullo de Dios que le dice "busca mi rostro" o, más aún, al Espíritu enseñándonos a decir "Abba".

Todos los caminos tiene riesgos y por eso San Juan de la Cruz nos dirá "no cogeré las flores", las sillas que nos invitan a sentarnos al borde del camino. Pero el peor riesgo de todos nos lo recuerda el Evangelio: enterrar los talentos, cometer el error de no vivir por no equivocarse nunca, cometer el error de no aceptar el riesgo de ser hombre e indirectamente decirle a Dios que nos hizo mal y que su auxilio no existe, o pensar que ser hombre es una trampa sin salida.

La mirada de fe no le quita realismo a la vida, por el contrario le da su pleno sentido. Así nuestra fe debe leer los encuentros, los acontecimientos, las creaturas todas.

Los hombres tenemos encerrados, como la semilla, muchos tesoros y sin embargo no nos podemos desplegar en una autorrealización. Solo los encuentros profundos despiertan lo

profundo. Necesitamos ser descubiertos y sostenidos por el amor. Como el sol que da luz y calor y así obliga a la apertura, a la madurez.

Es real que la calidad de una vida se mide por la calidad de los encuentros y que la estatura de un hombre la da aquello frente a lo cual vive.

La vida no es superficial, así la hacemos si la tratamos superficialmente. Si somos profanos la vamos a profanar, si somos hombres de fe la vamos a consagrar, si tenemos hondura también la vamos a descubrir en todo. La mirada humana iluminada por la fe participa de la mirada de Dios que como dice Juan de la Cruz "el mirar de Dios es amar, es poner bondad", una mirada solar. Una mirada de amor puede cambiar una vida, puede despertar a la conciencia de dignidad, puede reconciliar consigo mismo, puede animar al despliegue fecundo del propio ser. "No hay que despreciar nada" nos dirá Francisco de Asís en "Sabiduría de un Pobre".

Hay que tener el coraje de la vulnerabilidad: tenemos huesos y no caparazón, no somos un insecto sino un hombre.

A pesar de ser pobres y pecadores cada uno de nosotros tiene que recuperar su propia conciencia de sacralidad, cada uno de nosotros es mensajero de Dios para los otros. Cada uno de nosotros es portador de la imagen y semejanza de Dios. Mucho más por nuestra condición de cristianos y sacerdotes. Las mediaciones son inadecuadas pero eso no significa que hay que rechazarlas sino que hay que trascenderlas.

María acogió al ángel como mensajero de Dios y a su vez visitó a su prima Isabel. En esos y otros tantos encuentros Dios nos sale al encuentro.

RECENSIONES

Presentamos en este número cinco recensiones. Las dos primeras se refieren a nuevas publicaciones en América Latina, destinadas a la Formación Sacerdotal Permanente. Las siguientes comentan libros de interés para la vida espiritual del sacerdote.

"SACERDOTES"

Este es el título que lleva una revista de reciente aparición en México, destinada a ser "crear puentes y espacios de diálogo y relación entre nosotros (los sacerdotes) y sobre todo desea impulsar la fraternidad sacramental que nos hace familia..."; se propone, además, "hacer accesible al mundo de los presbíteros una cultura cristiana que nos ayude a dialogar con la modernidad e impulse a nuestra formación integral y permanente..."

Para poder alcanzar estos objetivos la revista se publica tres veces por año y cuenta con distintas secciones: bíblicas, litúrgica, teológica, eclesiológica, espiritualidad pastoral, psicológica, actualidad. Además se añaden recensiones, noticias eclesiales y experiencias pastorales significativas.

Los responsables de esta publicación son la Fraternidad de Cristo Sacerdote; SAYS (Servicio de ayuda y superación), organización de laicos dedicada a promover el bienestar integral de los sacerdotes; y la Editorial La Cruz. El Director es el P.Manuel Rubin de Celis, Misionero del Espíritu Santo.

Para informes y suscripciones dirigirse a SAYS A.C. división sacerdotes. Av. Universidad 1686 Coyoacán - 04010 MEXICO D.F.

"PASTORAL SACERDOTAL"

Es la publicación de la Sección de Pastoral Sacerdotal del Episcopado Colombiano. Está destinada a difundir las actividades de dicha sección y a contribuir mediante notas y artículos a la formación sacerdotal permanente.

En su primer número han publicado dos artículos tomados del primer número de Pastores: la reflexión del Cardenal Pironio sobre la Fidelidad y el Documento de la Conferencia Episcopal Italiana sobre la formación permanente de los presbíteros. Deseamos que este rico intercambio de dones acreciente la comunión entre nosotros y nos ayude a ofrecer un mejor servicio a los sacerdotes de ambos países.

SERVIDOR DE VUESTRA ALEGRÍA

(Ed. Herder) Barcelona - Card. Joseph Ratzinger

Las reflexiones del Card. Joseph Ratzinger, tienen su acento en la misión sacerdotal y en la llamada e invitación al seguimiento que hace Jesús.

Desde la certeza de que el ministerio sacerdotal nace de la voluntad de Jesucristo y hace de cada sacerdote un ministro profético, es decir: dejar que Dios hable a su pueblo por medio de su santidad. El seguimiento es la apertura del corazón a la fe (a la confianza en lo divino), para gastar y desgastar la vida en renunciamientos, en audacia de presentarse en nombre de Jesucristo como testigo de la esperanza de Dios en todos los hombres. Por ello se nos presenta el valor central que tiene la vida sacerdotal: la oración y la búsqueda de estar cerca del Fuego que desgasta en bien de Dios y de los hermanos.

La vida del discipulado la descubrimos en la convivencia de Jesús con sus Apóstoles, quienes pueden entender todo el contenido del mensaje vivido por el Señor gracias a la

presencia del Espíritu Santo. Con su llegada -el día de Pentecostés-, la Iglesia se hace valiente y habla de la experiencia del amor misericordioso de Dios Padre manifestado en el Misterio Pascual de Jesucristo. Las condiciones del seguimiento se acentúan en: conocer y reconocer a Jesucristo; amar, apacentar, seguir y acompañar a los hombres, llevarlos a la luz, fortalecer sus momentos de debilidad, socorrerlos en sus dificultades y dar la vida por uno y por todos. La alegría de la vida sacerdotal nace de la certeza en la configuración con Cristo sacerdote, profeta y rey, que nos lanza a la comunidad con la misión de hacer una tierra nueva donde Dios sea el centro del corazón humano.

El título de las reflexiones: "Servidores de vuestra alegría" cierra la invitación a vivir en la alegría señalando aspectos de la espiritualidad sacerdotal: amor a la Iglesia, como lugar teológico donde la Palabra leída y vivida expresa la historia de la fidelidad de Dios a su familia; reconocimiento de que el camino del apostolado es una vida sacramental; de que la vida de oración es la contemplación del Amor y el dejarse contemplar por el Amado; de que la misión (la nueva evangelización) es fundante de la identidad eclesial.

Pbro. Ramón Peralta - ORÁN (Pcia. de Salta)

ITINERARIO ESPIRITUAL DEL CRISTIANO

(Ed. Paulinas) Bogotá - Card. Carlos M. Martín

La propuesta del autor del libro, Card. Carlos María Martini, es reafirmar la identidad sacerdotal, para concluir en el servicio. "Pueblo mío, sal de Egipto" expresa la invitación a caminar en la constante conversión para formar la COMUNIDAD. El Sacerdote, Cabeza del Pueblo de Dios, es el artífice, el "hacedor" de la comunidad. La lectura que hacemos del hoy del hombre, de la comunidad, nos lo muestra dividido, egoísta, y en este marco la persona del Sacerdote es presentada como la que hace la unidad.

Hoy el hombre presenta una vida frustrada, sin esperanzas, individualista, dispersa, solitaria... Frente a esta radiografía el sacerdote, en nombre de Cristo, es el que está para reanimar el corazón triste, interesado por la vida de su comunidad, el que acompaña, comunicando el amor de Dios, fuente de vida del hombre.

La expresión más clara del acompañamiento al pueblo de Dios es la vida de oración del sacerdote, la oración pastoral.

El pastor puede reconocer su incapacidad; pero, desde la contemplación en la oración apostólica, encuentra que en la raíz de su ministerio es el amor de Jesús por nosotros el que le confía su pueblo.

Buscando la fidelidad vocacional, en el don de la oración descubrimos tres actitudes fundamentales del ministerio sacerdotal:

-humildad: silencio de adoración reconociendo la incapacidad;

-adoración: encuentro del Corazón de Dios y del Corazón del sacerdote, en la mirada de amor y de búsqueda;

-dar tiempo a Dios: defender el tiempo de oración, hacer comprender que la fecundidad del servicio al pueblo nace en la oración.

Siendo por vocación el sacerdote testigo de lo invisible, desde la fe, la oración y la esperanza, hace de su vida ministerial una teofanía, presencia de Dios-Amor, seguridad del amor divino.

En la conciencia de ser ordenados sacerdotes de la Iglesia, que por vocación es misionera, animados por el Espíritu de Amor, vamos los "evangelizadores" donde somos llamados a anunciar el Reino de Dios.

La lectura reflexiva del presente libro, nos ayuda a reafirmar el don sacerdotal y llena de entusiasmo el corazón buscando ser ungidos por el Espíritu Santo para anunciar con alegría que la salvación es obra del Misterio Pascual de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

Pbro. Ramón Peralta
ORÁN (Pcia. de Salta)

EL EVANGELIZADOR EN SAN LUCAS (Ed. Paulinas) Bogotá - Card. Carlos M. Martín

EL Card. Carlos María Martini toma en las presentes reflexiones el Evangelio de San Lucas, el Libro de los Hechos de los Apóstoles y la Segunda Carta a los Corintios, y desde allí orienta al sacerdote para dar respuesta a las preguntas: ¿cómo se forma el evangelizador?, ¿cómo se forma en la Iglesia el que tiene el ministerio, el servicio, la diaconía de la evangelización?

Seguramente en el corazón del pastor, del presbítero, encontramos una cierta frustración, el fracaso de una evangelización no lograda. También vemos que la actividad misionera de Jesús encuentra fracasos; sin embargo la invitación es a transmitir el mensaje liberador, que es Dios mismo.

Allí donde vemos el fracaso surge la necesidad de la paciencia, de la bondad, del diálogo, de la proclamación del Kerigma, es decir, del anuncio de la salvación.

Desde esta proclamación se inicia el camino de la transformación, puesto que la persona de Jesús es la razón de cambiar la mentalidad y la vida.

En la vida del evangelizador la invitación del Dios misericordioso es a confiar en El, a arriesgarse, a confiar en el Don de Dios.

La educación del discípulo es: desapego y libertad de corazón; abandono de sí en el Padre Dios (confianza en la promesa de Dios); sentido redentor del sufrimiento.

Así el corazón del evangelizador experimenta la misericordia salvadora y forja la capacidad de una compasión sin límites por sus hermanos en la Iglesia.

Tener capacidad para atender a uno solo, al más pequeño, ya que Dios se alegra aunque sea uno sólo quien goza de la salvación.

Desde la fe eclesial el evangelizador se hace servidor de la fe, vida de amor y firmeza en la esperanza.

Este libro incluye cinco homilias del Arzobispo de Milán:

1. Mirar a la comunidad confiada (diócesis, parroquia) con ojos de fe.
2. Gustar de la adoración Eucarística y de los momentos de oración litúrgica.
3. (Fiesta de Santa Mónica) remarca el principio mariano de la Iglesia es decir: interioridad de la fe, caridad, escucha de la Palabra, dulzura en las relaciones interpersonales.
4. (Fiesta de San Agustín) resalta la inquietud del corazón humano que encuentra descanso en Dios, como también gratuidad de la salvación, porque Dios nos ama como somos.
5. (Martirio de San Juan Bautista) proclama que es Dios quien guía la vida, que estamos en las manos de Dios para ser su signo en la vida.

Pbro. Ramón Peralta
ORÁN (Pcia. de Salta)

ORACION DEL CRISTIANO POR SUS SACERDOTES

Señor Dios
Padre Nuestro que estás en los cielos!

Aquí está tu Pueblo!
Señor, ya hicimos a ti la mejor ofrenda que teníamos
y lo más precioso de nosotros.

Te dimos con gracia, afecto y amor, para tu altar y servicio,
nuestros hijos, hermanos, sobrinos, parientes y amigos.

Son tus sacerdotes!
Salieron del seno de nuestras familias.
Son parte de nosotros
Escúchanos Señor!

Dales la plenitud espiritual de su sacerdocio.
Dales la caridad de tu Hijo.
Dales la virtud de la Virgen.
Dales no caer en tentación.
Dales el perdón de los pecados.
Dales ser libres de todo mal.
Dales todas las gracias del Espíritu y del cielo.
Te pedimos Señor, con fervor y como Pueblo tuyo,
no te olvides de darles a ellos también:

el pan de cada día,
la amistad en el dolor,
la luz en la duda,
la comprensión en el error,
la esperanza en la tormenta,
el cariño en el llanto,
la sonrisa en el éxito,
la mano en la caída,
la asistencia en la enfermedad,
la atención en la invalidez,
el apoyo en la vejez,
la dignidad en el vivir,
y la tumba, una flor y la paz en el morir. Amén